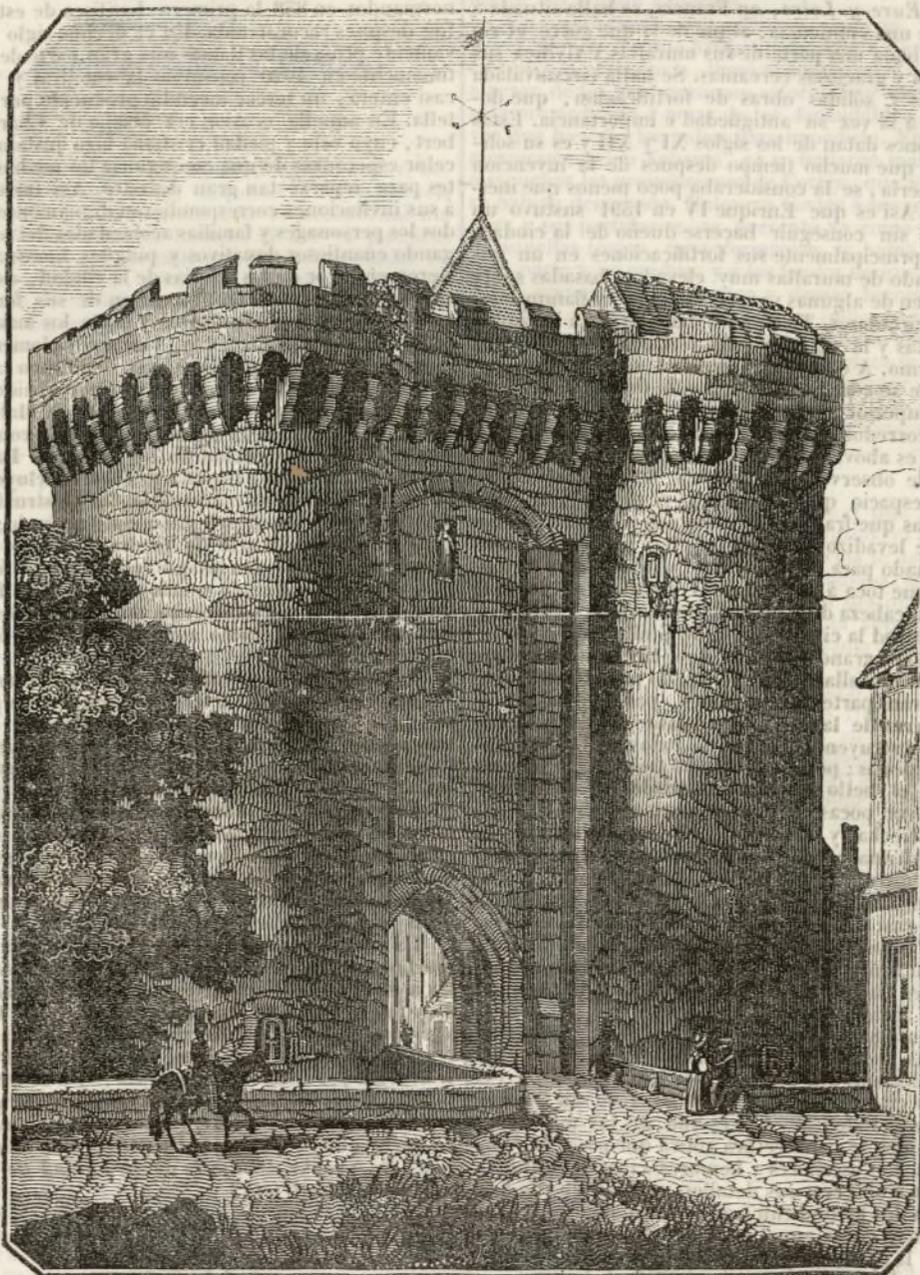


ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



Puerta de Guillermo en Chartres.

23 de Enero de 1844.

TOMO II.

1

CHARTRES.

La antigua ciudad de Chartres, cabeza del departamento de *Eure-y-Loire*, en Francia, se halla situada á la falda de una eminencia, al pie de la que corre el río *Eure* que baña una parte de sus murallas y vivifica sus pintorescas y graciosas cercanías. Se halla circunvalada de antiguas y sólidas obras de fortificación, que demuestran á la vez su antigüedad é importancia. Estas fortificaciones datan de los siglos XI y XII y es su solidez tanta, que mucho tiempo después de la invención de la artillería, se la consideraba poco menos que inespugnable. Así es que Enrique IV en 1591 sostuvo un largo sitio sin conseguir hacerse dueño de la ciudad. Consisten principalmente sus fortificaciones en un recinto cerrado de murallas muy elevadas, basadas sobre un terraplen de algunas varas de espesor, y flanqueadas de torres circulares. Tiene para dar entrada á la ciudad siete puertas y la mas notable, es la que se denomina de Guillermo. A derecha é izquierda se descubren dos fuertes que se comunican por medio de una cortina; y la parte superior de estos fuertes, la constituye una galería ó corredor guarnecido de almenas y buhardas. La puerta es abovedada y su forma, de arco diagonal. Aun puede observarse la muesca de aquella, el rastriño y el espacio que franqueaba el paso á la trampa, así como las que franqueaban también paso á las flechas del puente levadizo; á un costado hay un pequeño postigo destinado para las patrullas y rondas nocturnas. Y por lo que toca á los restantes detalles, el grabado que vá á la cabeza de este artículo reproduce con bastante exactitud la citada puerta de Guillermo.

No todo el grande espacio que circunscribía el recinto de las murallas, estaba ocupado por edificios, sino que una gran parte eran jardines, paseos y hasta bosques y tierras de labor; mas adelante utilizaron estos terrenos construyendo cuarteles, casas y algunos conventos é iglesias; pero hace mucho tiempo que no continúan en el bello intento de estender la población, porque se ven pocas construcciones modernas. Las calles son estrechas y tortuosas, y en la parte inferior de la ciudad (llamada así), son tan escarpadas que es inaccesible el tránsito de carruages: la mayor parte de las que siguen la dirección de la colina son unas verdaderas escaleras: casi todas las casas están adornadas con esculturas y adornos góticos. Aunque la ciudad no presente en su conjunto muchas bellezas, siempre contiene cuarteles bastante regulares, y plazas públicas y paseos muy agradables.

En cuanto á sus monumentos artísticos, la ciudad de Chartres cuenta pocos notables á escepcion de los templos religiosos que son visitados con interés. De estos merece citarse con particularidad el de san Pedro y sobre todos la Catedral, que es una de las mas bellas construcciones de arquitectura gótica que posee el reino de Francia. Los escritores y hombres científicos que se han parado á observar sus detalles, afirman que no han encontrado dos monumentos que puedan comparárseles ni que reúnan como aquel á su vastísimo y bien entendido plan, la elegancia y exactitud de las proporciones, la grandeza del pensamiento, lo atrevido de la construcción y el admirable esmero y gusto que presidió al adorno y decoración del templo. Está enriquecido con magníficas estátuas y bajo relieves ejecutados en diferentes épocas, de suerte que puede considerarse como un museo de escultura que comprende todas las edades y en el que se abraza de un solo golpe de vista los sucesivos

progresos del arte y la cronología de las costumbres.

De gran nombradía goza en Europa y en el mundo artístico la catedral que hemos citado, y siendo tan conocida su descripción, concienzudamente escrita en diferentes obras y por bien reputados é inteligentes autores, no nos detendremos en su análisis tanto como merece: sin embargo reseñaremos aunque sucintamente la historia de su construcción. Incendiada por los normandos en 858 la primera basílica de esta ciudad, fué después reconstruida. En el décimo siglo fué nuevamente presa de las llamas una gran parte de ella y últimamente en 1020 consumió la catedral y la ciudad casi entera, un tercer incendio producido por una centella. En aquella ocasión era obispo de Chartres Fulbert, cuyo celo y piedad cristiana hizo justamente concebir esperanzas de que conseguiría los medios suficientes para reparar tan gran desastre. Así fué en efecto; á sus invitaciones correspondieron dignamente, casi todos los personajes y familias acomodadas del reino, otorgando cuantiosos donativos y pingües limosnas que hicieron en favor de las iglesias de la ciudad, así también como contribuyeron en proporción de sus fortunas los comerciantes, los industriales y hasta los mas infelices artesanos de aquel pueblo. Con tales elementos, á la muerte de Fulbert que acaeció en 1028 tuvo la satisfacción de dejar casi completamente reconstruido el edificio. Dos de sus sucesores y la princesa de Mahaut, viuda de un duque de Normandía, contribuyeron poderosamente á la prosecución de los trabajos. La portada grande y el antiguo campanario no se concluyeron hasta el año 1145. El otro campanario, fué destruido por un rayo en 1506, cuando se estaba construyendo; mas después acordaron elevarlo de piedra. Concedió la iglesia grandes indulgencias á los que contribuyeran á esta obra pia, y habiendo logrado reunir considerables fondos, se llevó á cabo bajo la dirección de Juan Texier la gran torre, tan atrevida como admirada hoy de los inteligentes.

Tales son las vicisitudes que ha experimentado la célebre catedral de Chartres, monumento de gloria para sus poseedores, en mas de ciento treinta años que trascurrieron para su construcción, y para que se ofrezca á nuestras miradas hoy con toda la magestad que tan grandioso monumento ostenta.

El comercio y la industria no ofrecen en este departamento demasiada importancia: los cereales son su primer ramo de exportación y comercio: una gran parte de los granos que recolectan, se destinan para el aprovisionamiento de París y los que no los trasportan á Orleans para embarcarlos en el Loire.

La ciudad de Chartres ha sido también la cuna de muchos personajes célebres, entre los que podemos citar á *Foulques ó Fucher*, que siguió la primera cruzada y fué capellan de Beaudoin primer rey de Jerusalem, á *Andrés Felibien*, distinguido historiador; á los convencionales *Juan Dussaulx*, *Juan Pedro*, *Brissot de Warville* y *Pétion de Villeneuve*; y á *Marceau* que soldado á los 16 años, fué general á los 23 y á los 27 murió en Altenkirken. En 1801 se le erigió una pirámide en una de las plazas de Chartres, con esta inscripción: *En prueba del afecto de la ciudad de Chartres hácia su compatriota.*



ESTUDIOS HISTORICOS.

GLORIAS DE ESPAÑA.

EL CONQUISTADOR DE MÉJICO.

I.

Vasto campo de hazañas dignas del genio audaz, belicoso y emprendedor de los Españoles, se les ofrecía á fines del siglo décimo quinto con el descubrimiento del nuevo mundo. No les bastaba el ser ya pacíficos poseedores de las islas primitivamente conquistadas en aquel estenso emisferio, porque la existencia de un nuevo continente abría delante de ellos el camino de expediciones tan gigantescas como atrevidas, las que además de honores y riquezas, les habian de procurar los lauros que su entusiasmo apetecía. Diego Velazquez, gobernador de la isla de Cuba y el mas calificado entre los compañeros de Colon que habian hecho fortuna en el nuevo mundo, no desperdició tan favorable ocasion de aumentar su crédito y opulencia, disponiendo con celeridad los preparativos de la nueva conquista, mientras que sus emisarios venian á España á dar la fausta noticia de los descubrimientos. Lo mas importante y lo que en realidad mas inquietaba á Velazquez, era el nombramiento del gefe de la expedicion, de su valor y su prudencia pendia el resultado favorable de ella, y la eleccion de un hombre que poseyera tan recomendables cualidades habia de recaer por otra parte en quien fuese incapaz de constituirse independiente de la autoridad del suspicaz gobernador. Ciertamente que la eleccion de Velazquez no estaba detenida por falta de pretendientes. En aquella época de entusiasmo, cualquier hombre por humilde que fuese su nacimiento y por escaso que estubiese de recursos, se creia capaz de realizar las empresas mas extraordinarias: pretension que no debe parecernos ridicula, hoy que el éxito dichoso la ha justificado. Habia además pretendientes de méritos conocidos y entre los mas ansiosos de gloria y honor se hallaban el intrépido *Alvarado*, el fogoso *Velazquez de Leon*, *Cristobal de Olid*, *Escalante*, *Montejo*, *Escobar*, *Portocarrero*, y otros ilustres caudillos, cuyos nombres se han escrito con letras de oro en la historia de su patria; aunque á todos ellos habia de superar el prudente y valeroso **HERNAN CORTÉS** que mas que por *Diego Velazquez*, fué elegido por los destinos que velan por la prosperidad de la España.

Hernan Cortés era un jóven de grandes esperanzas, que deslumbrado por el prestigio de la gloria militar y ansioso de señalarse en la carrera de las armas, habia abandonado los estudios á que sus padres le encaminaban, y desde la villa de Medellín su patria, habia pasado al nuevo mundo donde su valor, su talento, sus modales conciliadores le habian hecho ya adquirir no solo una alta consideracion, sino ricas concesiones de tierras y de indios; pero esto no le bastaba.

Así que se vió al frente de una expedicion que tanto lisonjeara su belicoso anhelo, y conociendo que la tardanza podia suscitarle algun obstáculo promovido por los envidiosos, activó todos los preparativos y el diez y ocho de noviembre de 1518 se hizo á la vela para el continente americano. Poco mas de seiscientos hombres que solo tenian diez y seis caballos, trece mosquetes, treinta y dos arcabuces y algunas piezas de campaña, se encaminaban entonces á la conquista de un imperio,

mas estenso que el de la España, que era entonces el mayor del mundo conocido.

Esta expedicion sin embargo recorrió fácilmente países, donde los que habian precedido á Cortés habian encontrado resistencia, llegó al continente, desembarcó á pesar de los que quisieron estorbarlo y emprendió su ruta premeditada á pesar de los formidables preparativos que hicieron los indios para impedirlo. Vencidos tan gloriosamente en Tabasco, ya se hallaron mas propicios á escuchar las proposiciones de Cortés, que á lo primero habian desechado. Entonces Cortés á pesar de Velazquez y sus partidarios, se presentó ya como único gefe de aquellas tropas, cuya formacion se habia debido en gran parte á su crédito, y á los fondos de que pudo disponer empeñando sus tierras y demas bienes. En consecuencia, Cortés se anunció á los indios como enviado por un monarca poderoso, ofreciéndoles alianza, paz, proteccion y conocimiento de la verdadera fe, directamente en nombre de **D. Carlos**, Emperador de Austria y rey poderoso de la España.

II.

No era solo el entusiasmo belicoso el que animaba á **Hernan Cortés** á empresas casi temerarias, el que le habia conseguido tantas victorias; su energia se hallaba además sostenida por el sentimiento religioso, que en todo su fervor abrigaban los que se creian destinados por la providencia, para propagar la luz de la verdadera fe en aquellos remotos países. Fieles á la santa causa que defendian, no perdonaban ocasion de propagar sus ideas religiosas, y no podian menos de mirar con horror las bárbaras y sanguinarias ceremonias con que aquella gente honraba á sus divinidades. Los atroces sacrificios humanos, cuyo número anual no bajaba de veinte mil, eran cosa que Cortés no podia tolerar ante su vista y desde luego se prometió esterminar aquella abominable costumbre; mas como para lograrlo eran mas oportunos los medios de persuasion que los de la fuerza, trató de persuadir al cacique de Zempoala, pueblo que mas escitaba las simpatias de los Españoles, porque era tambien entre todos los del nuevo mundo, el que en mejor inteligencia se mantenía con ellos. Prometió el cacique abolir aquellas horribles ceremonias; pero esta promesa, dictada tal vez por el temor, fué hecha además sin contar con la voluntad y aragada supersticion de sus vasallos. Cortés tubo noticia cierto dia, de que los indios se habian congregado para celebrar una de sus festividades, que las víctimas se estaban inmolando, y que habia muchos prisioneros destinados al sacrificio. Entonces estalló la cólera del celoso caudillo, cuyo impetuoso caracter no necesitaba ser escitado por el sentimiento religioso y el de la fe violada, que entonces poderosamente le agitaron. Reunió al instante algunos de sus valientes compañeros, y entró con ellos en el templo donde los indios estaban congregados. Su presencia escitó un sobresalto universal, mas no tanto que interrumpiese la ceremonia, y Cortés pudo ver junto á el ara á el gran sacerdote que presidia, vestido de encarnado y con corona de plumas verdes y amarillas en la cabeza. Cuatro indios vestidos de amarillo con bandas negras, tenian á un infeliz completamente desnudo, sujeto por los cuatro extremos sobre una piedra verde de forma piramidal y como de una vara de alto, otro indio le sostenia la cabeza, y entonces el gran sacerdote hiriendo el pecho de la víctima con agudo cuchillo de piedra, le arrancó

el corazón, que fué á ofrecer aun palpitante á un ídolo colosal de horribles y repugnantes formas. Los restos de la víctima eran entregados al que la había hecho prisionera en la guerra, y servían para celebrar la victoria en un horrible festín, mientras que con su sangre se rociaban las paredes del templo, incrustadas de serpientes y de calaveras humanas. La funesta ceremonia iba á proseguir; pero Hernán Cortés abriéndose paso por entre la multitud, ya se había interpuesto entre los sacrificadores y los prisioneros. Entre estos llamó extraordinariamente su atención, una jóven india colocada delante de todos. Estaba de rodillas con las manos cruzadas sobre su pecho agitado por los suspiros, sus cabellos caían estendidos sobre su blanco cuello y espalda, su semblante estaba marchito por el dolor, pero su blanco vestido, en partes descompuesto, descubría unas formas que pudieran pasar por tipo perfecto de la belleza. Después, cuando vió acercarse hácia ella á uno de los sacrificadores volvió hácia el caudillo español su rostro lleno de magestad, con tal espresion de súplica que Hernán Cortés rechazó bruscamente al indio que osó tocarla, manifestando así que la tomaba bajo su protección.

Un grito penetrante lanzado por el gran sacerdote y contestado por horribles ahullidos, respondió á el ademán de Cortés. Instantáneamente el templo, sus gradas y avenidas se inundaron de hombres armados que acudían al socorro de sus Dioses: cosa que hizo conocer á Cortés, que aquel lance estaba premeditado por los indios, cuya muchedumbre no dejó de causarle alguna inquietud. Todos los españoles pusieron mano á las espadas y Cortés con el inspirador arrojó que nunca le faltaba en los momentos de peligro, así vigorosamente al Cacique indio que presenciaba y autorizaba la ceremonia diciéndole:

—¡Una sola flecha que se dispare contra nosotros te cuesta la vida!

Trémulo el Cacique mandó á los indios que se retirasen dejando las armas, lo que algunos empezaron á ejecutar; pero Cortés gritó:

—Eso no basta. Es preciso que al instante.... ahora mismo, caigan esos ídolos causa de tantos horrores.

Pero los indios se hubieran dejado matar mil veces antes que poner sus manos en los objetos de su adoración, y no atreviéndose ni á contrarrestar á aquellos hombres tan formidables, ni á derribar sus falsas deidades, se limitaron á manifestar su cólera y su aflicción con gritos, lágrimas y suspiros, agrupándose al rededor de sus ídolos, para defenderlos cuando menos con el obstáculo de sus cuerpos. Esto no hizo mas que irritar á Hernán Cortés, que no queriendo retroceder en aquel empeño, gritó colérico:

—Abajo esas imágenes del diablo!

Entonces los españoles de su séquito, empleando medios violentos aunque hijos del mejor celo y de puras intenciones, subieron prontamente las gradas del altar, atropellando y pisoteando á los indios allí arremolinados, y en cortos instantes, el ídolo grande, los chicos los altares y los instrumentos del culto cayeron hechos pedazos y menudas astillas.

Consternados y atónitos quedaron los indios. No sabían que admirar mas, si el arrojó de aquellos hombres ó la impasibilidad de sus dioses, que sufrían tal profanación sin tomar pronta y sobrenatural venganza. Mas cuando vieron que ningún fenómeno extraordinario daba muestras de su poder, pasando de un extremo á otro con la facilidad característica de los pueblos salvajes, ellos mismos ayudaron á que desapareciesen del templo los vestigios de aquellas divinidades que miraban con desprecio y no solo entregaron á Cortés los despojos y le hicieron dueño de todos los cautivos destinados al sacrificio, sino que se prosternaban delante de él como un ser de naturaleza superior á sus dioses. Cortés les hizo ver

bien pronto á quien debían adorar, y en tanto que se limpiaba la capilla, se borraban las manchas de sangre y se quemaban los restos de los ídolos, hizo traer del campamento una imagen de la Virgen María. Al entrarla en su nuevo templo, los españoles se descubrieron la cabeza y con grandes muestras de veneración la colocaron en su altar, que no tubo mas ornato que una profusión de flores.

—Nosotros tenemos, dijo Cortés, un Dios único y soberano que detesta vuestros ídolos y es el que nos ha dado poder para aniquilarlos. Este Dios es el que os daremos á conocer; pero entretanto es indispensable que cuideis esa santa imagen que vá á purificar vuestro templo.

En esta capilla fué en la que se quedó solo y en medio de los indios, para cuidar la santa Virgen, un viejo ciego natural de Córdoba, llamado Juan de Torres. Después de haber peleado entre los soldados jóvenes de la expedición, quiso coronar el fin de su vida con esta resolución, en la que no se sabe que admirar mas, si la piedad ó el valor.

III.

Un hombre embozado en una ancha capa y cubierta la cabeza con un sombrero de ala levantada, de cuya presilla se desprendían algunas plumas rojas, se internaba en los solitarios bosques de América, al empezar una de las serenas noches, que tan magestuosas son en aquellos remotos climas. Su traje indicaba que era alguno de los nuevos conquistadores, que la Europa había lanzado sobre aquel suelo virgen, y su escursión á los bosques revelaba sin duda el deseo de contemplar las bellezas de la noche y de la soledad en aquellos imponentes desiertos. La luna, cual si saliese de entre un grupo de nubes que se plegaron debajo de ella, empezaba á iluminar con su blando resplandor las frondosas copas de los robles y de los álamos gigantescos, antiguos como el mundo, produciendo caprichosas sombras en los colgantes y arcos de enredaderas que se entrelazaban de un árbol á otro. Una ligera y fresca brisa hacía ondular el ramaje, cuyo murmullo armonizaba bien con el sordo estruendo de una catarata que resonaba á lo lejos.

La grandiosidad de esta escena no era sin embargo lo que mas llamaba la atención del extranjero, que se fué acercando cautelosamente hácia la parte del bosque donde se había fijado el campamento de los indios. Al entrar los Españoles en Cholula, lo mismo que en otras ciudades importantes, no penetraban con ellos los indios que llevaban como auxiliares, que solían ser antiguos y declarados enemigos de los habitantes. Cortés había accedido á esta disposición por razones de política, así es que los indios auxiliares, aunque bajo la salvaguardia de los españoles residentes en la ciudad, solo podían acampar á vista de las murallas. Todo estaba en silencio en aquellas chozas y reducidas habitaciones, y cuando el extranjero se hallaba indeciso sobre permanecer allí ó pasar mas adelante, una muger salió de una choza y se encaminó hácia él, deslizándose rápida como una sombra, sin producir el menor ruido en la hojarasca seca que había por el suelo.

—Marina! —esclamó el extranjero, dejando caer el embozo de su capa, siendo entonces fácil reconocer en su varonil y severo rostro, en su bien proporcionada estatura y en la banda roja que llevaba cruzada al pecho, al formidable capitán de los conquistadores, al valeroso Hernán Cortés. Por su parte la india no estaba menos interesante: una especie de manta de algodón listada de blanco y negro, se plegaba al rededor de su cuerpo con cierta elegancia, haciendo lucir las bellas formas de la parte que dejaba al desnudo.

—¿Has deseado verme? preguntó Cortés.

—Hijo del sol, contestó solemnemente la india, tú

me has salvado la vida; tu brazo poderoso evitó la muerte cruel que me esperaba ante el ara de los Dioses. De secreto prometí entonces darte una prueba de agradecimiento y hoy cumpliré mi promesa. Vengo á salvar también tu vida, porque mañana tú y los tuyos estais destinados á morir.

—; Como! ¿qué es lo que dices?

—Escucha: esas pruebas de amistad y de alianza que recibes del senado y los gefes de Cholula, son fingidas, y encierran la mas inicua traicion. Tropas numerosas llegadas de Méjico aguardan cerca de la ciudad la hora de precipitarse sobre vosotros, los habitantes han sacado fuera de los muros á sus mugeres y á sus hijos, porque ellos van á sostener un combate á muerte hasta vuestra total ruina. Las calles que rodean vuestro alojamiento están llenas de ajeros y afiladas puntas, para detener vuestro ataque mientras os abruman con piedras que han subido á lo alto de las casas.

Profunda impresion hicieron en Cortés las palabras de Marina, como que le confirmaban en la perfidia y mala fé de los indios que él ya habia sospechado. Procuraba disimular la emocion, el vivo resentimiento que experimentaba con tal revelacion; pero la jóven interpretando mal su silencio le dijo afectuosamente.

—No temas el morir, porque Marina dará una prueba de amor, aun al enemigo de su patria y morirá con él ó le salvará la vida.

—No temo yo el morir, respondió Cortés con viveza, ni hay porque temerlo. Mis armas, los rayos que despiden, y los impetuosos caballos con que nos precipitaremos sobre ellos me aseguran de antemano la victoria. El mismo cielo que castiga la perfidia, sostendrá mi causa que es la suya, porque son los errores de vuestra religion los que principalmente vengo á destruir.

—Sin embargo vuestros enemigos no tienen número y vosotros sois pocos.... muy pocos!

—Cada uno de mis leoneses capaz de deshacer un ejército entero de Mejicanos. A una señal mia aniquilarán á sangre y fuego cuanto intente resistirles, y esos imbeciles que nos juzgan por el número aprenderán á costa suya, cuanto mejor les estaba conservar la paz con que les brindo, que no atacarme con vileza. Yo no tiraré de la espada sino me atacan; pero una vez sacada de la vaina.... Marina, tiembla por tu pueblo.

—¿Y á que aventurar tu vida en tan desigual y desesperado combate? ¿Por qué no aceptar los medios de salvacion que te propongo? Ven, sígueme al desierto: hay allí asilos de paz, de dulce alegria, que solo tu amiga conoce: soledades impenetrables que aun no han sido contaminadas con las funestas disensiones de los hombres. La naturaleza nos ofrecerá allí tesoros que nunca se acaban; asi como tampoco acabará mi deseo de hacerte feliz.

—Y tú, una débil muger, tendrías valor para realizar tal proyecto?

—Los extraordinarios acontecimientos de mi vida me han infundido aliento para mayores cosas. De niña perdí á mi padre, que era un cacique tributario del imperio de Méjico, y mi madre me vendió á unos mercaderes de Xicallanca, para asegurar la herencia de mi padre á un hijo que ella habia tenido en su segundo matrimonio. Despues fui hecha prisionera por un gefe de Tabasco. Hoy dia soy tu esclava y solo á tí tengo en el mundo, á tí á quien voy á salvar en mi compañía.

—Tu deliras, Marina, no conoces las leyes, ni el honor de mi pais. ¿Yo huir contigo al desierto!.... jamas. ¿Qué seria entonces de mis valientes compañeros? de mi vida pende la suya, y la tuya tambien, hermosa jóven, porque despues de la revelacion que acabas de hacerme, mengua seria dejarte donde fueses víctima por tu lealtad. Desde este momento, tu suerte está unida á la de los españoles y vendrás á vivir en medio de ellos.

¿Conservas algun respeto á los ídolos?

—Ninguno, desde que los vi caer á tus pies.

—Pues ven conmigo, amiga mia, ya no te separarás de mi lado y dia llegara, no lo dudes, en que pueda darte un nombre mas grato al corazon.

IV.

Bien fundados eran los temores de la jóven india y ciertos los interesantes avisos que habia dado á Hernan Cortés. Motezuma, el poderoso emperador mejicano, el poseedor despótico de un inmenso territorio abundante en recursos de todos géneros, habia temblado al saber la llegada de los Españoles. Aquel monarca, que al frente de numerosas tribus se habia ostentado en el campo de batalla con el talento, valor y energia suficientes para derrotar á los enemigos con sola su presencia, aquel guerrero hasta entonces siempre vencedor, no solo no se habia atrevido á reunir todas sus fuerzas para aniquilar el puñado de españoles que venian á desafiarle en el centro de su mismo imperio, sino que poseido del mas supersticioso temor, vacilaba irresoluto, sin mas deseo que el de alejar á tan atrevidos conquistadores, antes que llegasen á parecer en su presencia.

Dos medios habia tentado Motezuma de alejar á los Españoles de su territorio: uno habia sido aterrarlos con la vana relacion de su formidable poder, y otro deslumbrarlos con los magnificos presentes que acompañaban á sus embajadas, ganando su ánimo para que se retirasen; mas por una singular fatalidad, estos medios eran los mas eficaces para incitar á los españoles á seguir su audaz empresa. Los regalos aumentaban su codicia y el deseo de hacerse dueños de un pais que tales riquezas producía, y los peligros que habia que correr para lograrlo, eran el mas poderoso escitante de su valor. Mal conocia Motezuma el temple de aquellos hombres para quienes las empresas arriesgadas eran siempre las mas apetecidas por la sola razon de que eran dificiles. Riquezas y peligros, he aqui lo que los españoles buscaban, porque si las unas proporcionaban fortuna, los otros proporcionaban la gloria.

Cuando el terror de Motezuma llegó á su colmo y cuando no le quedó duda de que Cortés penetraría conforme habia prometido hasta la capital del imperio, fué al llegar á su noticia la realizacion del inaudito proyecto de quemar su flota, para quitar á los españoles no solo la esperanza, sino hasta la posibilidad de volver á su patria hasta terminar su empresa. Este hecho tan extraordinario, único en la historia del mundo, revela la grandeza de ánimo y la constancia del ilustre caudillo. Vencer ó morir, son palabras repetidas por muchos y cumplidas por muy pocos, pero en esta ocasion dura necesidad haria cumplirlas. Quinientos hombres quitándose voluntariamente los medios posibles de huir del peligro y asegurar la retirada, avanzaron con esfuerzo incomparable á encerrarse entre vastas, poderosas y desconocidas naciones y para vencerlas solo se reservaron el valor y la perseverancia.

Entonces conoció Motezuma que era forzoso tentar el último estremo, y como no le faltaba sagacidad, juzgó que una emboscada hábilmente dispuesta, era la mas apropiada para concluir con los aventureros. Cholula, su ciudad mas afectada y consagrada á las divinidades del imperio que en ella tenian sus santuarios mas venerados fué el sitio destinado para la traicion, porque el monarca, siempre dominado por sus ideas supersticiosas, habia creído poder esterminar mas fácilmente á los extranjeros, atacándolos á vista de sus divinidades favoritas. Esta formidable conspiracion, que habia de estallar cuando mas desprevenidos se hallasen los españoles dentro de la pérfida ciudad, fué de la que su buena estrella libró á Hernan Cortés, y fué tambien causa de la ruina

de los mejicanos, porque el español caudillo, no solo quiso castigar aquel primer ataque insidioso de los enemigos, sino que tuvo astucia para convertirle en contra de los que le habian promovido. Para esto hizo que toda su tropa estuviese sobre las armas con sigilo y á vista del alojamiento, que se diese órden á los Tlascaltecas aliados de acercarse á las murallas de la plaza, que debian invadir á la menor señal. Hechos estos preparativos mandó venir á los embajadores de Motezuma y á los principales sacerdotes y caciques y sin preámbulos les espuso todos los pormenores de la conspiracion, echándoles en cara su perfidia.

No supieron ellos que contestar, suspensos, pálidos y consternados creyeron hallarse delante de una divinidad superior que penetraba el fondo de los corazones.

—En vuestros rostros, dijo Cortés, leo la confirmacion de lo que os digo! Ahora conoceréis que á los españoles ni se engaña ni se insulta impunemente, y cuanto mejor para vosotros hubiera sido conservar la paz con que os brindaba. Llegó la hora de vuestra traición; pero esta hora será la de vuestro castigo.

El estruendo de un mosquetazo resonó entonces á una señal de Hernan Cortés, cuyas tropas se precipitaron hácia el alojamiento. Los indios tambien volaron allá, dando horribles ahullidos y creyendo que iban á apoderarse de las principales personas allí congregadas. Cortés dejándolas á buen recaudo partió á ponerse al frente de sus tropas, cuya situacion era bastante apurada. Bandadas de guerreros mejicanos entraban en la ciudad con gritos de venganza, seis mil habia ya dentro de ella y veinte mil aun pugnaban por entrar. Las calles, las plazas, los pórticos y las torres estaban atestadas de enemigos y sin embargo, los españoles evitando las calles preparadas, avanzaron rechazándolos hasta la plaza principal, donde estaba toda su fuerza y donde la resistencia debia ser mas obstinada; mas cuando los disparos y ataques de los españoles comenzaban á desordenarlos, fueron atacados por la espalda por los seis mil Tlascaltecas auxiliares, que se precipitaron en tropel al socorro de sus españoles. Consternados los enemigos con tan imprevisto ataque se desbandaron, y desde entonces aquello no fué mas que una matanza horrorosa, entre el estrépito de las armas de fuego, los ahullidos de los bárbaros, los lamentos de los heridos y los gritos de los que fugitivos, hombres, mugeres y niños confusamente mezclados, corrían á refugiarse en los templos. Ni aun estos asilos fueron respetados, porque los Tlascaltecas, enemigos antiguos é irreconciliables de los mejicanos, hallando despues de tantos años aquella ocasion de desfogar su odio implacable, despues de haber degollado sin piedad á cuantos se les presentaron, pusieron fuego á los adoratorios, para que sus techumbres desplomadas aniquilasen á los que allí se habian refugiado. Baste decir, que en esta sangrienta refriega, los indios corrieron á guarecerse y ampararse de los mismos españoles á quienes costó no poco trabajo restablecer el órden y apoderarse de la indómita ciudad.

V.

Ningun obstáculo se presentaba ya á Hernan Cortés capaz de impedirle llegar al término de su expedicion. El valor de los soldados habia llegado á la escaltacion, y los mismos indios los miraban como seres de una naturaleza superior á los que no era dable, ni vencer ni engañar. Detestando ademas la tirania de Motezuma, miraban á los extranjeros como los que les habian de vengar destruyendo su imperio. Cortés supo eludir otra emboscada que aquel monarca le habia preparado en el camino, eligiendo otro por lo alto de las montañas, que

proporcionó llegar salvo con su tropa á dar vista á la gran ciudad de Méjico.

Bello y sorprendente panorama se desarrolló entonces á sus ojos: Méjico con sus templos, sus torres, sus pirámides y tejados cubiertos de planchas de oro, aquella poblacion de trescientas mil almas, con la que no podia competir ninguna de las del nuevo mundo, ni aun de las orgullosas capitales de la antigua Europa, rodeada de calzadas y de diques y puesta como una isla en el centro de un lago, cuyas aguas brillaban como plata. Distinguíanse las tres principales calzadas que unian la ciudad al continente, los acueductos que la surtian de agua potable y aun las entradas de las principales caltes, algunas con canales navegables y puentes de madera para comunicacion. Todo esto en el centro de una campiña la mas fértil y cultivada del mundo, bajo la luz encendida del sol y el azul profundo del cielo.

Motezuma, el potente emperador ante quien todos se prosternaban, salió á recibir á Cortés hasta las mismas puertas de la capital, con todo el séquito de sus magnates y nobles ricamente vestidos; pero en actitud humilde por venir allí su soberano. Nunca bajaba este, sino para entrar en el templo, de su litera cubierta de franjas de oro, coronada por plumas verdes ornadas de piedras preciosas, y llevada en hombros de sus favoritos; pero en aquella solemne ocasion bajó y sin que sus pies tocasen la tierra, porque sus gentes cuidaban de ir estendiendo alfombras delante de él, se adelantó hácia Cortés, saludándole á su manera tocando la tierra con la mano y llevándola despues hácia la boca, rindiendo respetuoso homenaje al hombre á quien la Providencia habia destinado para la gloriosa empresa de conquistar tan vasto imperio é introducir en él la luz de la verdadera fé: empresa gigantesca que se pudo mirar como asegurada, desde que aquellos novecientos españoles verificaron su entrada triunfante en Méjico el 8 de Noviembre de 1519, siete meses despues de su llegada al pais que llamaron *Nueva España*.

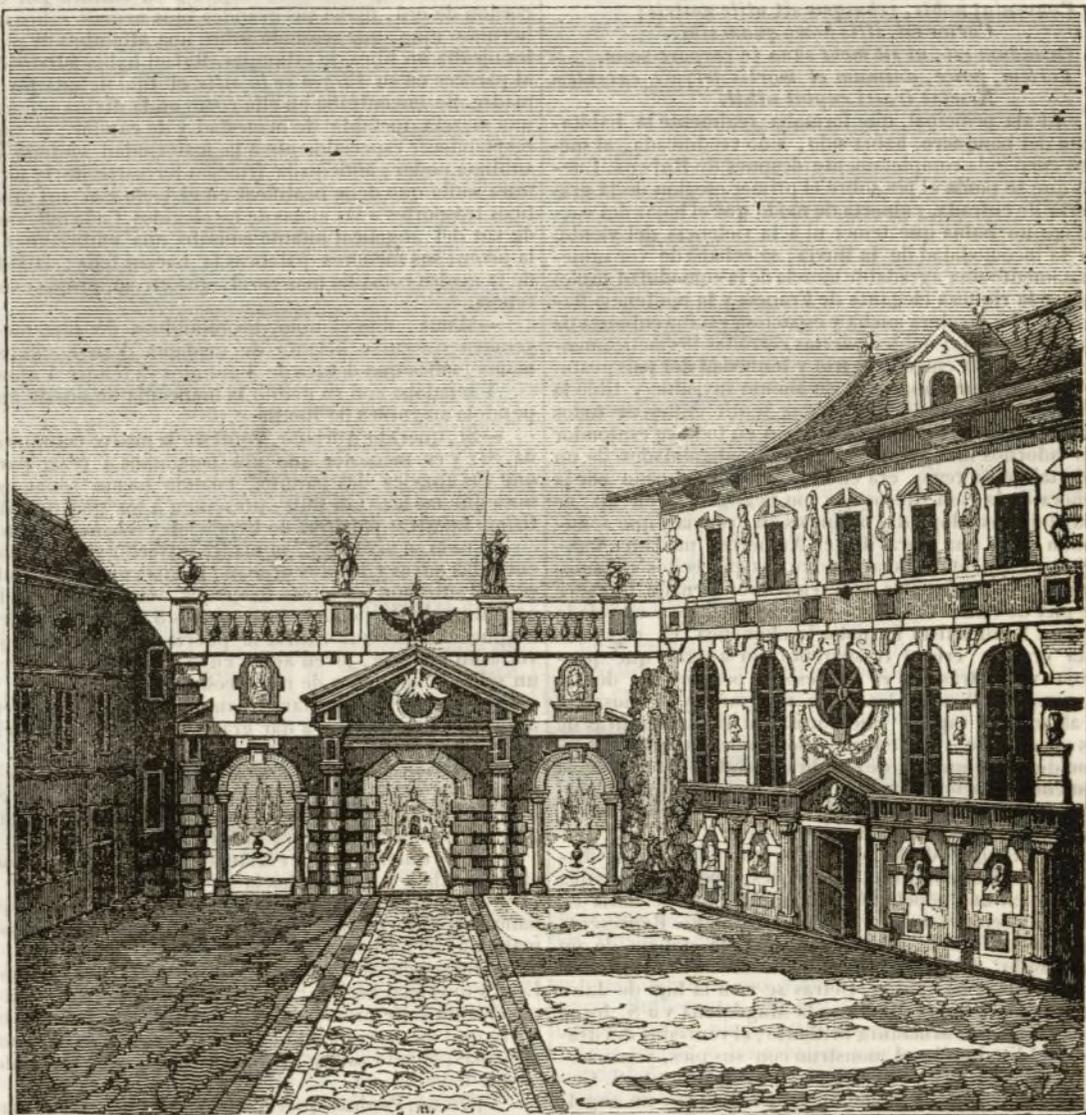
La conquista de Méjico debia ser el punto capital de la expedicion, como que de ella dependia la sujecion de las provincias y tribus guerreras, que nada podian sin el auxilio de la capital. Por esta causa y para afianzar mas tan importante conquista, Hernan Cortés, apesar de su corazon noble y generoso, y de la afectuosa manera con que recibió á Motezuma, no titubeó un instante en prenderle en su mismo palacio y llevarle prisionero entre los españoles, á vista de sus atónitos vasallos, así que estuvo seguro de que la salvacion del ejército expedicionario pendia del capricho de aquel cauteloso príncipe, que ya tenia irrevocablemente tramada su pérdida.

Un monarca tan poderoso, arrebatado en medio del dia de su palacio y llevado prisionero por entre su inmenso pueblo por unos pocos advenedizos sin resistencia y sin combate, es un hecho sin igual en la historia. Esta hazaña de Cortés, como el castigo de Cholula, el desarme de sus émulos, el incendio de sus naves, y su audaz entrada en Méjico son unos hechos tan extraordinarios y gloriosos, que segun la espresion de un célebre historiador extranjero—«si no estuviesen comprobados por los testimonios mas auténticos, parecerian tan estravagantes é increíbles que ni aun se encontraria en ellos el grado de verosimilitud necesaria para admitirlos en una novela.»

Cortés victima de la ingratitud, murió olvidado de sus contemporáneos; pero la España á quien proporcionó tan brillante aureola de gloria, ha colocado siempre al *conquistador de Méjico* en la primera línea de sus esclarecidos héroes.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS MORALES.



La casa de Rubens.

PAULINA RUBENS.

(Primera parte.)

CAPITULO I.

LA CASA DE RUBENS.

La casa de Rubens en Amberes se halla cortada en el dia por una pared gruesa que la divide en dos habita-

ciones. Ocupaba una de estas en 1817 un banquero, que habia tenido el gusto, digno de elogio, de conservar en ella el aspecto exterior que la caracterizaba cuando era albergue del rey de los pintores flamencos. Solamente habia desaparecido la parte donde estaban los talleres. En lo último del jardín se elevaba aun el pequeño pabellon de yerba, bajo el que descansaba Elena Froment, mientras Rubens pintaba al aire libre, en medio de sus discípulo, luchando en poder y luces con el mismo día en todo su brillo. Ninguna innovacion se habia hecho en la fachada de la casa, ni en la parte que separaba el jardín del patio principal. Una águila de dos cabezas dominaba

el pórtico construido al estilo de la *Renaissance*. Encima y apoyadas sobre el frontis se veían dos estatuas, una de Minerva y otra de Mercurio, llevadas de Italia por Rubens; á derecha é izquierda en relieve las efigies de Venus y de Pary debajo, grabados en una lápida de mármol estos versos de la sátira X de Juvenal.

*Petmites ipsis expendere numinibus, quid
Conveniat nobis, rebusque sit utile nostris;
Carior est, illis homo quam sibi.*

*Orandum est, ut sit mens sana in corpore sano,
Fortem, posce, animum et mortis terrore carentem
Nesciat irasci cupiat nihil.*

El ala principal, que formaba realmente la habitacion del banquero, habia sido, sino reedificada, al menos corregida completamente despues de Rubens. Luego que se ponía el pie sobre el primer escalon de la graderia de entrada, cubierta de modo que al bajar del carruaje no habia que temer ni á la violencia del viento, ni la incomodidad de la lluvia, se echaba de ver inmediatamente una agradable mezcla de la comodidad inglesa con la riqueza elegante de Francia y la opulencia flamenca. La escalera ancha y espaciosa estaba cubierta de ricas alfombras; dobles puertas cerradas herméticamente impedían la entrada al frio y humedad del país; estufas ocultas templaban con su aliento invisible y tibio la crudeza del invierno, que hacia sentir entonces todos sus rigores. Pero adonde brillaban en todo su esplendor los adornos mas esquisitos y las prodigalidades de un lujo talmente regio, era en el aposento ocupado por la señora de la casa. Recostada con negligencia en un de esas butacas adoptadas entonces en Francia y que semi-raban como una maravilla en Amberes, madama Van-Eyckens calentaba suavemente sus piecitos calzados con elegantes chinelas de terciopelo encarnado forradas de piel de cisne. Un mármol precioso tallado y cincelado por un hábil artista formaba la chimenea. El espejo de esta era un cristal trasparente sin azogar que permitia ver detras de él los tesoros perfumados de un invernadero lleno de las flores mas raras y preciosas; y al alzarse los tapices que formaban las colgaduras de las puertas se veía, en un salon inmenso, una coleccion digna de un rey, de las obras maestras de la escuela flamenca. Hacianse notar, entre los cuadros de mérito que adornaban esta galeria de inapreciable valor, muchos retratos de familia pintados por Van-Dyck, Jordans, Breuquel de Velours y los mas aventajados discípulos de Rubens. En el medio, resplandecía una copia ó mas bien una repetición del cuadro, que se halla en la capilla sepulcral de la familia de Rubens. Representa como todos saben, á la Virgen sentada debajo de un emparrado; delante de ella á S. Buenaventura adorando al niño Jesus de rodillas. Detras se ve á la hija de Jairo resucitada, á Santa Marta, á la Magdalena y á S. Jorge cubierto de una armadura brillante; el vencedor del dragon maldito huella al monstruo con sus pies, y enarbolaba una bandera con sus manos. Del lado opuesto S. Gerónimo acaba de cerrar un libro sostenido por un angel. Cuatro querubines con palmas en las manos revolotean encima del grupo. La figura de S. Jorge es el retrato del mismo Rubens, la Magdalena representa á Isabel Brandt, primera muger del gran artista; en Marta se reconoce á Elena Froment; en la hija de Jairo á mademoiselle Luden modelo del *sombrero de paja*; en S. Gerónimo, al padre de Rubens; en S. Buenaventura á su abuelo y en los ángeles á sus hijos.

Enfrente de esta pintura maestra se veía el *Vado de Verghem*; paisaje maravilloso que jamas ha podido igualar el arte ni antiguo ni moderno. Debajo de este cuadro el mismo Berghem habia escrito de su puño:

A Jacobo Rubens,
nieto del gran pintor,
su amigo Berghem.

Pero lo que escedia á toda su belleza, lo que escitaba la admiracion mas que todos los tesoros y preciosidades del palacio, era sin disputa, la jóven que le habitaba. La imaginacion mas hermosa y mas poética no ha soñado nunca una cosa tan encantadora. Madama Paulina Van-Eyckens, envuelta en los pliegues de un peñador de terciopelo blanco sujeto á su cintura por un cordón de oro, fijaba sus grandes ojos negros sobre un hermoso niño, que acostado sobre una alfombra de pieles ojeaba un libro de estampas. Rafael habia adivinado al parecer en su *Virgen de la silla* el tipo de esta jóven madre. Se encontraba en ella como en la divina señora, una mezcla inefable de magestad y de candor; se veía resplandecer especialmente á la maternidad en todo su sublime poder, anticipada fruicion terrestre de la ternura santa que debe beatificar en el cielo con sus místicos trasportes á las almas de los elegidos. Cada inflexion de voz del angelical infante causaba una embriaguez á la jóven; sus menores palabras la hacian feliz; la vida de la madre consistia mas en él, que en su propia existencia.

—Mamá, dijo el niño, levantándose de repente y yendo á colocarse delante de madama Van-Eyckens, mamá ¿sabes que dentro de 3 minutos ya tendré 4 años? Y señalaba con su dedito la manecilla de oro de una péndola magnífica de Boulle.

—Si, querido Adriano, contestó la madre conmovida. Si; y es menester que nos pongamos á rezar para que los angeles del paraíso, cuando hagan sonar esa hora que me hizo tan feliz, presenten á los pies del Altísimo nuestras palabras de bendicion y reconocimiento.

El niño se arrodilló, su madre estrechó sus manitas entre las suyas y los dos oraban, la una con su voz dulce y el otro con sus albios inocentes, cuando el sonido argentino de la péndola hizo oír las 5. Pocos instantes despues el tapiz que cubria la puerta se levantó y dejó ver á un hombre, jóven aun y cuyo rostro tenia á la vez un sello de nobleza y de melancolia.

—Jorge, le dijo madama Van-Eyckens, Jorge, ven á orar con nosotros y á dar gracias á Dios por el nacimiento de nuestro hijo.

—Querida Paulina, contestó monsieur Van-Eyckens, hoy es, hoy, precisamente en este momento, el aniversario de un dia tan feliz de nuestra vida. ¡Ah! ¡que poca semejanza tendrá el futuro con lo pasado!

—¿Que quieres decir? exclamó Paulina levantándose aterrada y corriendo hacia su esposo.

—Nada que deba alarmarte, amiga mia, repuso el banquero esforzándose á ocultar las lágrimas que asomaban á sus párpados.

—Jorge, en vano tratas de ocultarme alguna pena. Eso es muy mal hecho. ¿No me proporcionas una felicidad suficiente para hacerme aceptar con gratitud la parte que me corresponda en tus pesares? Sin duda no me amas, cuanto vacilas en hacer comun á los dos todo lo que te pertenece.

—¡Oh no, Paulina querida! Bien sé que tú eres la mas tierna y la mejor de todas las mugeres... Me veo obligado á partir repentinamente, ahora mismo, á hacer un viage que exigen mis asuntos. He aqui lo que causa mi dolor y mi pena. Al dejarte no puedo ocultar mi tristeza.

Las lágrimas bañaron las mejillas de madama Van-Eyckens. Adriano se arrojó á los pies de su padre y abrazado sus rodillas repetía que no queria dejarle partir. Jorge, pálido y anonadado por los esfuerzos que hacia para ocultar su desesperacion, se dejó caer sobre un sofá tapándose el rostro con las manos con un movimiento convulsivo. De repente, levantó la cabeza y presentó unos papeles á su esposa, que tenia los ojos fijos sobre él con una espresion dolorosa.

—Es necesario que firmes estos documentos antes de mi marcha.

—¿Luego será muy larga su ausencia?

El banquero no pudo contestar sino por un movimiento afirmativo, los sollozos le ahogaban.

—¿A qué país vas?

De sus labios salieron estas palabras medio sofocadas: —A América.

—¿A América? Jorge, ¿y así tan de repente, sin preverlo, sin prevenírmelo de antemano quieres abandonarnos por meses, por años enteros tal vez? Tu me ocultas alguna gran desgracia, Jorge. En nombre de nuestro amor, en nombre de nuestro hijo ábreme tu corazón, amigo mio. Confíame el triste secreto que arruga tu frente hace ya largo tiempo. No temas afligirme; habla sin temor. Conozco que Dios me dará fuerzas para soportar la desgracia. Jorge, Jorge mio, no guardes silencio por mas tiempo.

Y ella le atraía suavemente hácia sí, apretaba sus manos entre las suyas y le dirigía miradas suplicantes llenas de afecto y ternura.

—No, contestaba él, no. Demasiado pronto sabrás el golpe espantoso, que nos amenaza. ¡Adios, Paulina, Adios!

—No saldrás de aquí sino despues de haber hablado, dijo ella. Yo me agarraré á tí, primero me hollarás con tus pies que guardar por mas tiempo ese terrible silencio; peor mil veces que la mas horrorosa realidad. Jorge, de rodillas te lo pido, confíame tu secreto, tu secreto!

—Mi secreto! ¿quieres saber mi secreto? Paulina no conoces que si yo le guardo es por que te va á llenar de vergüenza y desesperacion, porque me vá á traer tu indignacion y tu desprecio?

—Pues qué ¿una muger cristiana no debe amar á su marido sino cuando este es feliz? Si tu has cometido alguna falta deber mio es ayudarte á repararla en vez de echártela en cara.

—Querida Paulina, esa nobleza de sentimientos aumenta mi oprobio. ... Pero ¿tu lo exiges? Pues bien, sabe que estoy perdido, deshonrado! He sufrido pérdidas considerables en mis empresas comerciales; siete barcos han perecido en el mar. Para reparar esta desgracia, me ha precisado recurrir á especulaciones aventuradas, he tenido que jugar en la bolsa; ya no me queda nada. Si no me apresuro á huir, la prision y una sentencia infamatoria es la suerte que me está reservada. ¿No vale mas que yo muera?

—Morir? ¿Y era ese tu viage, Jorge? eso era lo que ibas á hacer? ¿morir, perder tu alma, abandonar tu muger y tu hijo? Oh Jorge, Jorge! esos pensamientos no son dignos de un cristiano, ni de un corazón noble como el tuyo. Para que te hayas decidido á cometer un crimen tan espantoso es necesario que nuestra desgracia sea irremediable, que no haya esperanza ninguna de salvacion.

—Ninguna! Con dificultad he podido salvar tu dote de mi ruina. Firmando tu estos papeles, reclamando el contrato de nuestro matrimonio, por el quela separacion de nuestros recíprocos bienes....

—Eso es, Jorge; para mi las comodidades, para ti la vergüenza y la muerte. He aquí como rompes el lazo que une nuestras dos existencias ante Dios y ante los hombres. Mi dote.... pero es considerable pues asciende á 500 mil pesos ¿para que le he de guardar yo, mientras tienes tu acreedores?

—Porque constituye tu fortuna y no la mia, porque la ley así lo quiere.

—Yo no comprendo esas sutilezas de las leyes, respondió con candor madama Van Eyckens. He participado de tu opulencia, justo es que sea participe de tu miseria. No debes partir, Jorge, es necesario que te quedes, es necesario entregar á nuestros acreedores todo lo que nos queda, es preciso decirles «Nosotros trabajaremos como unos criados mercenarios hasta que os

hayamos pagado completamente todo lo que os debemos.» Dios nos dará fuerzas y nos concederá medios para hacerlo así. La afrenta Jorge, el suicidio, jamas.

—Pero la miseria va á rodearte.

—¿Qué importa la miseria si nuestro honor queda ileso?

—¿Y tu hijo?

—¿Mi hijo? Jorge, quiero mas para mi hijo un nombre sin mancha, que todos los tesoros de la tierra. Le educaré en el trabajo y le acostumbraré á una existencia obscura y pobre. Dios hará lo demas.

—No, jamas aceptaré semejantes sacrificios. Yo solo soy el culpable y yo solo debo sufrir las consecuencias de mi falta.

Paulina se acercó á la chimenea y arrojó en ella con tranquilidad los papeles, que su marido le presentaba para que firmara. En seguida tocó la campanilla. Una criada se presentó.

—Bella, le dijo, ¿sabes á que hora sale la diligencia de Paris?

—Señora, á las siete.

—Ve á tomar dos billetes de interior.

—¿Dos billetes de interior? repitió Bella sorprendida.

Un movimiento de cabeza de su ama la hizo obedecer en silencio.

—Adriano irá sobre mis rodillas dijo sonriéndose madama Van Eyckens dirigiéndose á su marido. Nos quedan dos horas, Jorge, quiero emplearlas en recoger toda la ropa que nos sea necesaria y meterla en una maleta. Tengo en mi cartera cuatro mil francos de mis ahorros en los gastos de mi tocador, no llevaremos mas dinero con nosotros. Mientras que yo me ocupo en esto, llama tu al dependiente principal es hombre inteligente y honrado ¿sabe él nuestra posicion?

Jorge contestó que si con un gesto.

—Dale un poder general y hazle redactar la obligacion en que cedo mi dote á tus acreedores; en seguida partiremos para Paris; es necesario que la publicidad de nuestra ruina no nos encuentre en Amberes. Si mas adelante, cuando pueda ser apreciado tu desinterés y reconocido que todo fue efecto de la desgracia solamente, es necesaria tu presencia, entonces volverás aquí.

Mr. Van Eyckens obedeció maquinalmente á lo que le mandaba su muger. Paulina, tranquila y serena como si estuviera acostumbrada á tales ocupaciones, arregló la ropa en una maleta y pagó á los criados sus salarios. Envuelta en una capa obscura segun el uso de las mugeres de Amberes, tomó en brazos á su hijo, fué en busca de su esposo y ambos se dirigieron á la diligencia. Subieron en silencio al carruaje, en el que felizmente no iba ningun otro viajero. Giraron sobre los ejes las ruedas y los caballos partieron. Entonces fué cuando Jorge dió libre curso á sus sollozos comprimidos. Paulina le atrajo suavemente hacia sí, apoyó la cabeza del desgraciado en su hombro y colocó á su hijo sobre las rodillas de este hombre abatido, anonadado, y presa de la desesperacion.

—Dios nos protegerá, amigo mio, dijo ella; debemos hacer nuestro deber.

II.

LA POBREZA.

Por grande que sea el valor de una muger; es imposible que pueda pasar esta de repente sin emocion, de la opulencia á la pobreza, mucho mas si encuentra en su esposo una inclinacion hácia el suicidio. El corazón de Paulina latia, á la salida de Amberes, con mas fuerza que de costumbre, coloreaba sus mejillas un vivo

encarnado, pero la noble resolucion, que habia tomado era irrevocable y no le causaba ya ningun sentimiento. Miraba á sangre fria lo pasado y lo presente y no se hacia ilusion de ninguna especie sobre lo que la esperaba en el porvenir. Abrumado por la lucha deplorable que habia sostenido entre la fortuna y sus pesares, Mr. Van Eyckens, sintiéndose sin fuerzas, no creia en el valor de su esposa. Admiraba su entusiasmo, pero lo tenia por una ilusion que pronto debia desaparecer ante la realidad. De este modo no probaba alivio alguno en sus penas. Dejaba que hicieran con él lo que quisiesen como un enfermo que convencido mejor que su médico de lo incurable de su mal, solamente ve en los remedios que le aplican una prolongacion de su padecer.

En esta situacion llegaron á Paris y se apearon en una de las posadas mas humildes próximas al Palais-Royal.

Nada es capaz de aumentar la tristeza tanto como esas posadas abiertas al primero que llega, que mudan de dueño cada dos ó tres dias y cuyos muebles sucios desiguales y grasientos forman el conjunto mas desagradable de los desechos y escoria de todas épocas. Las paredes desnudas serian preferidas á los pintarrajos de los papeles ya descoloridos, que las cubren. Mas valdria acostarse sobre el suelo que entre aquellas sábanas de algodón de equívoca blancura, que exhalan una humedad nauseabunda. Nuestros tres desgraciados no habian pasado en su vida una tarde ó una noche mas tristes. La lluvia azotaba con violencia los vidrios; el viento se metia por la chimenea y arrojaba hacia el medio del aposento la llama débil y el humo que producía un haz de leña verde. Jorge, reconcentrado en sí mismo, no encontraba ni una palabra que contestar á los consuelos con que su muger procuraba animarle; Adriano aterrizado se arrimaba estrechamente á su madre y esta necesitaba rogar á Dios dentro de sí, para no sucumbir al desaliento y dejar correr sus lágrimas.

El cansancio obligó al fin á rendirse al sueño, no á un sueño que conforta y regenera el cuerpo sino á una especie de amodorramiento febril, mezclado de pesadillas, que sin borrar la realidad, la aumenta con fascinaciones fantásticas. Luego que amaneció, salió Paulina y no volvió á la posada sino despues de bien entrado el dia. Habia prevenido á su esposo que no la esperara hasta esa hora. Durante la ausencia de su muger, Mr. Van Eyckens sufrió mas de lo que habia padecido hasta entonces. Se le figuraba que el único consuelo y la única esperanza que le quedaban aun habian desaparecido con ella. Sintió una verdadera alegría, cuando su oido, que estaba en acecho, percibió el ruido que hacian en la escalera los pasos y la ropa de Paulina. Corrió á su encuentro, la estrechó contra su pecho, la abrazó tiernamente quejándose del largo abandono en que por tanto tiempo le habia dejado. Estas sensaciones afectuosas le reanimaron algo y una especie de felicidad melancólica les hizo menos espantoso el cuarto de la miserable posada.

Por la mañana del dia siguiente Paulina se escapó como el anterior muy temprano y al volver cerca del medio dia traia la frente serena y los labios risueños.

Jorge, exclamó desde ayer me he ocupado en procurarnos un alojamiento mas agradable y mas barato que este desvan. Creo haber encontrado no que nos conviene; querrás venir á verlo conmigo? En seguida presentó el brazo á su esposo, tomó al niño de la mano y los condujo hácia el barrio casi desierto en aquella época, del arrabal Montmartre. La calle de los Mártires empezaba á formarse; pero en vez del monton de casas que ahora impiden la vista por todas partes, jardines inmensos ostentában entonces graciosamente los espesos follages de sus árboles y el verde tapiz de sus plantas y yerbas. Caía

sobre estos jardines la única ventana que tenia un cuartito en el piso cuarto compuesto de una salita, una cocina y un gabinete. No podia encontrarse un nido mas encantador ni dispuesto con mas gusto. Habia en él una especie de elegancia, llena de franqueza y sencillez. Dos armarios de nogal, una cama, una mesa, una cómoda, algunas sillas y un gran sillón componian todo el ajuar. Unos cuantos grabados de mérito colocados en cuadros de box realzaban el color gris del papel que adornaba las paredes. No faltaban mas que unas colgaduras en la ventana, y para esto se veia preparada ya la tela sobre la cama, esperando solamente las tigeras y aguja de la costurera. Paulina se quitó el sombrero, se sentó junto á la chimenea, adonde cocía suavemente un puchero, que ella miraba de cuando en cuando y empezó á cortar y coser las colgaduras.

Su marido la miraba con sorpresa; ella se sonrió y le dijo presentando su frente para que la besase:

—Estamos en nuestra casa, Jorge.

—¿En nuestra casa, Paulina?

—Sí, amigo mio. Este es el resultado de mis expediciones y ausencias. Descubrí este lindo rincon, no nos cuesta mas que 200 francos de alquiler al año; en seguida he ido á comprar muebles, utensilios de cocina, todo lo que nos es necesario; he hecho transportar aquí nuestro equipage y hétenos ya instalados ¿Estás contento?

Jorge no pudo contener sus lágrimas.

—La esperanza, dijo al fin, renace en mí; ya no dudo de tu valor; porque lo confieso Paulina, dudaba de tí; hallándome yo sin fuerza ninguna, no podia creer hallar en tí la fortaleza. En adelante, no quiero entregarme mas á una indigna debilidad. Quiero imitarte, quiero hacerme digno de mi esposa. Yo trabajaré para volver á adquirir fortuna y comodidades para nuestro hijo, querida Paulina.

Se sentó á los pies de su muger; esta pasó el brazo al rededor de su cuello estrechándole suavemente y separando los cabellos que le caian sobre la frente le besó en ella con ternura.

En estos momentos se olvidaron de Amberes, de su desgracia, de su pobreza para entregarse libremente á su felicidad. Paulina en nalgas y corsé sirvió por sí misma la esquisita comida que habia preparado con sus manos y que es menester confesar era digna de la mas hábil cocinera flamenca. Al levantarse de la mesa, quitó todo el servicio y lavó la loza en su cocina acomodándose á todas estas humildes operaciones con una facilidad tal, que sus delicados dedos apenas se mojaron al fregar.

Volvió en seguida con su marido, que la consideraba con admiracion, encendió luz y se puso á coser sus colgaduras, rogando á su esposo que leyera algo en voz alta.

El ajuar del cuartito no habia costado mas que 600 francos; el viaje de Amberes á Paris y la estancia en la posada habian consumido casi la cuarta parte de esta cantidad; era, pues, preciso pensar en reservar el resto de los 4000 francos que constituian toda su fortuna. Se hacia por consiguiente necesario que Jorge buscara en que ocuparse. Paulina resolvió ahorrar tambien á su marido la incomodidad de las pesquisas para hallar colocacion y marchó á casa de uno de los corresponsales de M. Van-Eyckens. La muger de este banquero era una de las amigas de infancia de Paulina y la amistad habia unido hasta entonces á los maridos de ambas.

Paulina, que se habia creído dichosa siempre que se le presentaba un desgraciado, esperaba encontrar una acogida agradable en casa del banquero. Su sorpresa fué grande, cuando la muger de este la manifestó por medio de un criado el sentimiento que la causaba el no poder recibir á madama Van-Eyckens; el banquero no pudo ocultar su desagrado cuando vió entrar á la jóven en su gabinete. El primer movimiento de Paulina fué el de retirarse, pero la idea de su esposo é hijo la hicie-

ron reprimir su indignacion y declaro con candidez al banquero lo que esperaba de él.

Mr. Van-Eyckens, le dijo, ha cedido á sus acreedores toda su fortuna y la mia. Necesita una colocacion inmediatamente por humilde que sea, hasta que se le presente una ocasion favorable de volver á entablar sus negocios; admitid señor, en vuestro escritorio.

—Madama, replicó el banquero con fria sonrisa, Mr. Van-Eyckens ha sido mi corresponsal en Amberes. Hemos mantenido nuestras relaciones hasta el dia de su quiebra, en la que felizmente no me interesó sino en una pequeña suma; hasta aqui todo va bien. Pero respecto á lo que me pedis, señora, encuentro mil obstáculos que no me permiten consentir, á no ser que quiera meterme en compromisos desagradables. Un hombre como Van-Eyckens acostumbrado á dirigir una fuerte casa de comercio haria un dependiente muy malo; y yo tampoco me atreveria á mandarle y reprenderle.

Paulina hizo un movimiento de disgusto y se levantó para irse.

—No os enfadeis, señora, añadió el banquero con embarazo; pero los negocios son negocios, se manejan con guarismos y no por medio de sentimentalismo y protestas de amistad. Sin embargo si Mr. Van-Eyckens necesita dinero, estoy dispuesto á favorecerle; yo le descontaré todos los billetes, que me presente con su firma y la de otra persona conocida.

Paulina salió de la casa de este hombre con el corazon traspasado y vencida por el desaliento. Anduvo á la ventura por algun tiempo antes de volver á su habitacion, para dar lugar á que se enjugaran sus lágrimas. Consideraba con espanto la suerte que iba á caberles á ella, á su esposo y á su hijo. No veia á su alrededor sino miseria y abandono. Cuando entró en su casa, halló á Mr. Van-Eyckens, sentado junto á la mesita, escribiendo con empeño en unos libros de comercio.

—He querido mostrarme digno de tí, dijo á su muger; me he ido á preguntar al droguero dela esquina si conocia á alguno del barrio, que necesitara un dependiente esperto en la teneduria de los libros de comercio. El me propuso si queria poner los suyos al corriente y nos hemos convenido mediante la suma de 30 francos al mes. Si está satisfecho de mí, me encargará nuevos trabajos y tratará de colocarme de cajero en casa de su cuñado. Ya por hoy he concluido, añadió levantándose; y espero que el droguero quedará contento porque he puesto todo mi cuidado y he escrito lo mejor que sabia.

Paulina levantó los ojos al cielo y pidió á Dios perdon por haber podido dudar un instante de su misericordia.

Mientras que Mr. y madama Van-Eyckens se resignaban á la pobreza y al trabajo, la noticia de la quiebra del negociante se esparcia con consternacion por toda la ciudad de Amberes; porque á pesar de la cesion del patrimonio de Paulina, debian perder los acreedores una tercera parte de sus créditos y esta tercera parte ascendia á cerca de un millon. La generosa abnegacion de la joven esposa hubiera pasado en París como un acto de locura y se hubiera mirado como heroico á lo menos el sacrificio que, ella hacia de su fortuna y la de su hijo en favor de unos estraños, que no tenian derecho ninguno legalmente. Pero en Amberes, adonde duraban las costumbres sencillas y leales del Brabante, nadie encontró motivo de admiracion en la conducta de madama Van-Eyckens, que no habia, segun ellos, sino cumplido lisa y llanamente su deber. Con dificultad atenueba su sacrificio el golpe que habia recibido el honor de su marido por el éxito fatal de sus empresas comerciales. Los acreedores se repartieron tranquilamente los despojos de su deudor sin inquietarse por la miseria que acarrearban á su muger é hijo. Sin embargo, merced á las gestiones é inteligencia de algunos amigos del ban-

quero y especialmente del dependiente principal, el honor de Mr. Eyckens se salvó y la quiebra no se declaró de un modo público y legal. Tales fueron las nuevas que recibieron los dos esposos en París y debemos decir quien fué el portador de ellas.

Una mañana temprano, Paulina, con su cesta al brazo, volvia del mercado de S. José, adonde habia hecho el surtido para su alimento diario, sin que ni la distancia ni el cansancio la impidieran esta larga caminata con tal de comprar los géneros mas baratos que á los revendedores del barrio; vestida de un modesto traje y doblada bajo el peso de su carga, andaba lo mas aprisa que podia, cuando oyó una exclamacion. Levantó la cabeza y encontró delante de sí á Bella, á la fiel criada Bella.

III.

EL TRAJE DE TERCIOPELO.

Al ver á su ama reducida á tal extremo de pobreza la buena muger no pudo reprimir sus lágrimas y sollozos.

—¿Tú en París, Bella? exclamó Paulina.

—Llegué esta mañana, respondió la criada, y veo que he hecho bien porque de aqui en adelante tendreis á lo menos quien os sirva, ¡Dios mio! ¡Dios mio! cuanto me va ha hacer llorar el recuerdo del espectáculo que he visto hoy!

—¿Luego por mí, por mí solamente has venido á París, mi querida Bella?

—¿Y por quien habia yo de venir? ¿No soy criada vuestra desde que nacisteis? ¿No he sido yo quien os ha educado? ¿Vuestra madre, aquella angelical señora, no ha muerto en mis brazos? En Amberes yo lloraba de dia y de noche, tenia el corazon traspasado. Por fin, no pudiendo aguantar mas, fuí á preguntar al dependiente del amo, las señas de donde os hallaria y el camino que deberia tomar para venir a París. El me dió dinero para pagar un carruaje, yo le tomé, pero he venido á pie. El viaje ha sido largo y un poco cansado; hacia jornadas largas para reunirme mas pronto con vos. Todo fué bien hasta mi llegada á París pero, ¡Virgen Santísima! luego que puse el pie en esta ciudad, no se lo que ha sido de mí. Me embrollaba con tanta calle y no sabia hácia que lado debia ir. Por fin, á fuerza de preguntar y de perderme, heme aqui junto á vos. Os vuelvo á ver, veré tambien al amo, y á mi pequeño Adriano. ¡Jesus, Jesus, estoy por bailar aqui en medio de la calle!

—Bailarás si quieres allá arriba porque ya hemos llegado á nuestra casa.

—Y yo; que tonta! Pues no os he dejado venir con el cesto! He perdido sin duda la cabeza. Ya se ve; la alegria de volveros á ver...

Bella cogió la cesta á pesar de la resistencia de su ama. Al llegar al primer piso se detuvo.

—No, aun no hemos llegado, dijo Paulina sonriéndose; todavia nos faltan tres pisos que subir.

—¿Son campanarios las casas de París? preguntó Bella volviendo á cargar con el cesto, y subiendo alegremente los escalones.

La presencia de Bella en la familia de Van-Eyckens acarreo una persona mas á quien alimentar, pero alivió á Paulina de los trabajos mas penosos de la casa y la permitió dedicarse á bordar y aumentar de este modo la escasa renta, que constituia toda su fortuna. Jorge ganaba 130 francos mensuales, sin contar las copias que le encargaba por las tardes un portero de la vecindad. El producto del trabajo de Paulina ascendia á 25 francos poco mas ó menos: por último cuando el mes era

bueno, los ingresos subían hasta cerca de 200 francos. Gracias á la severa economía de la ama de la casa, y al feroz ahorramiento de Bella, no se gastaban sino las 2 terceras partes de esta suma. Bella, se echaba en cara por decirlo así, cada pedazo de pan que comía y por las noches cuando se subía á una especie de desván que había alquilado para ella en 25 francos al año, jamás encendía lumbre. Pronto tomó á su cargo la asistencia de 2 viejos solterones, que habitaban en la misma casa y de cuando en cuando deslizaba en la gabeta de su ama una ó dos piezas de 5 francos, conservando su frente serena é imperturbable cuando aquella, á pesar de sus cálculos y asientos en su libro de gastos se admiraba de hallarse mas rica de lo que debía. Bella no era pródiga sino con Adriano; rara vez iba á pasear con el niño á las Tullerías, que no le comprara alguna friolera ó algun juguete; Adriano era su alegría, su orgullo, su adoración. Cuando Bella enjuta y huesosa, con su papalina, tenía de la mano á Adriano, bien vestido lindo y encantador se sentía la buena muger con mas alegría y orgullo que un monarca. Miraba con desprecio á los demás niños y cuando volvía á casa no dejaba de contar á madama Van-Eyckens la superioridad en traje y belleza de su hijo sobre todos. Un día que estaba sentada en un banco en el jardín real, oyó á dos señoras que hablando entre sí decían que los niños no estaban bien vestidos sino con un traje de terciopelo. Desde entonces Bella concibió la idea exorbitante de ponerle un vestido de terciopelo á su niño, como ella le llamaba. Para este fin, trabajó día y noche en remendar ropas, hizo mil bajezas con los viejos á quienes asistía para que le dieran algunas gratificaciones y acabó finalmente por reunir la suma necesaria para comprar el objeto de sus ardientes deseos.

Sin embargo faltaba lo mas difícil, era preciso hacer aceptar el regalo á Madama Van-Eyckens.

Una mañana, despues de haber servido el almuerzo Bella empezó á dar marchas y contramarchas cambiando á veces el mismo plato y sin acabar nunca de limpiar la mesa. Por último toda encarnada, llena de vergüenza y palpitándola el corazón profirió este exordio.

—Bien necesita un traje de terciopelo el niño Adriano.

Paulina alzó los ojos sobre Bella y la miró con sorpresa.

—Digo que bien necesita Adriano un traje de terciopelo, repuso la flamenca que parecía estar muy ocupada en quitar de un vaso un poco de polvo que realmente no tenía.

—Pero un vestido de terciopelo cuesta caro y sobrepaja con mucho lo que nosotros podemos gastar en vestir á mi hijo. Acaso no soy aun bastante prudente en este asunto y debía ser mas modesta y económica en sus adornos.

—Todos los niños tienen en las Tullerías, trajes de terciopelo, continuó Bella con ciega intrepidez; y echando sobre la mesa el corte del vestido, echó á correr.

Madama Van-Eyckens la llamó.

—¿Qué haces tú, loca? le dijo con el tono de una dulce reprimenda ¿qué haces tú?

Y alargó la mano con emoción á Bella.

Esta avergonzada se refugió de nuevo en la cocina y no se atrevió en todo el día á mirar cara á cara á su señora.

El día siguiente, á cosa de la una, cuando Bella acabó de sus quehaceres, se encontró á Adriano vestido con el traje de terciopelo. Paulina había estado trabajando la vispera hasta media noche para concluirlo.

Bella salió llevando de la mano al niño, ufano con su nuevo vestido. Este día ni aun el rey era digno segun decía la Flamenca, de llamarla *mi querida prima*, como acostumbra con los demás soberanos.

IV.

EL CACHETE.

Paulina se creera completamente feliz si los padeceres y sufrimientos no minaran claramente la existencia de su esposo. En vano le daba ella el ejemplo de resignacion, serenidad y trabajo, nada podia impedir la lúgubre consuncion de Jorge. Salía por la mañana temprano para ir á su escritorio adonde desempeñaba sus trabajos con una habilidad y exactitud que le habían atraído la voluntad de sus favorecedores, pero vuelto á su casa todos los esfuerzos de su muger para procurarle alguna distraccion y hacerle sonreír eran inútiles. Bajo la calma que aparentaba Mr. Van Eyckens para complacerla, ella leía su desesperacion. Paulina, no obstante, no se inquietaba demasiado por estos síntomas melancólicos; conocía que una caída desde tan alto debía dejar en el corazón de su esposo largos dolores y sufrimientos duraderos; pero confiaba en el tiempo, en la costumbre y en sus propios esfuerzos para quitar á sus recuerdos toda su tristeza y amargura.

Levantada desde el amanecer y libre de los quehaceres materiales por Bella, Paulina ocupaba todas sus horas en el trabajo y educacion de su hijo. Parecía que Adriano no ignoraba la posicion en que le colocó la suerte y correspondía á los cuidados de su madre con una inteligencia superior á su edad; en pocos meses aprendió á leer y empezó á escribir bastante regularmente para que su padre le confiara algunas copias. La primera vez que tuvo este honor, su alegría fué estrema y redobló su aplicacion. Su madre se sentía conmovida viéndole empezar los preludios, digamoslo así, de la vida de pruebas que la fortuna le reservaba.

Entretanto los asuntos de Mr. Van Eyckens se habían concluido del todo en Amberes; debía á sus acreedores la suma de doscientos cincuenta mil francos para cuyo pago no habían fijado época ninguna; conocían la actual pobreza del negociante y se habían contentado con el acta que marcaba su crédito, que ninguno de ellos pensaba cobrar nunca.

Esta mancha sobre el armiño de su blason comercial atligia á Jorge mas que la pobreza á que se hallaba reducido. Presente sin cesar á su imaginacion, se le aparecía en sueños y por el día se cruzaba entre el y su trabajo. Los consuelos de Paulina se estrellaban contra esta idea fatal y fija. Veíase deshonorado para siempre, espuesto á la vergüenza de que cualquiera le pudiera echar en cara impunemente este borron. No trasmítia á su hijo el nombre intacto que él había recibido de su padre. Estas ideas asesinan. Así era que la palidez de Jorge se aumentaba visiblemente; una vez anticipada encanecía sus cabellos y arrugaba su frente.

Una tarde volvió á su casa con una alegría des acostumbrada que casi asustó á Paulina porque había en ella un no se qué de raro y febril....

—Vamonos al teatro esta noche, mi querida amiga, dijo al entrar.

—¿Al teatro? preguntó su esposa con sorpresa. ¿Pues quién te ha regalado billetes?

—Acabo de tomar un palco para la ópera, contestó él enseñando el billete.

—Y has gastado tanto dinero? repuso ella con una dulce reconvenccion ¡50 francos!

—Que importan cincuenta francos, mil francos, diez

mil francos! exclamó Jorge con entusiasmo.—Nada ya de pobreza! Nada de privaciones. Paulina, ya somos otra vez ricos y felices. Voy á pagar las deudas que he contraído en Amberes, pero fijaremos nuestra residencia en Paris. Compraré una casa en el barrio de Martires, porque no quiero alejarme de los sitios en que tu has sufrido con tanto valor unas pruebas tan difíciles. Quiero también que esta casa me pertenezca; el propietario tendrá tal vez alguna dificultad en vendérmela pero yo le ofreceré tanto oro que no pueda menos de ceder.

—Amigo mio, qué dices? ¿Que significan esa alegría y esos transportes que me causan miedo?

El la tomó misteriosamente de la mano y la llevó hacia la ventana.

—Figúrate que el mercader, en cuyo escritorio trabajaba, acaba de despedirme.

—¿Despedirte? y ¿es esa la causa de tu alegría, Jorge.

—Si; esta mañana tuvo necesidad de registrar sus libros de comercio; me los pidió se los di y advierte entonces sobre la última página, escrita una figura mística que representa á una muger llorando bajo un arbol en cuyas ramas está ahorcado su hijo. El comerciante se enfada, me pregunta que significa un abuso tal de su confianza, que quita el valor y la fuerza que sus libros pueden hacer ante la justicia.... ¡Pobre loco! le dije ¿no ves que este dibujo representa un arbol bajo el cual las lágrimas de la hechicera han hecho nacer un tesoro? Hace algunos dias, que un angel, que está siempre á mi derecha me señala ese arbol y bosqueja con el dedo el dibujo que yo he reproducido en vuestros libros, para que no se me borre de la memoria. Os asocio, si quereis, á mi buena fortuna; os daré la mitad de mi tesoro, porque os habeis portado bien conmigo cuando yo era pobre. El imbecil lejos de aceptar, me ha despedido y tomado otro dependiente.

Júzguese cual seria el terror de Paulina al oír estas insensatas palabras. No queria dar crédito á sus oídos y á sus ojos, miraba á su marido con la mayor angustia.

—Vámonos á la ópera. Te prometo que no estaremos hasta la conclusion; nos saldremos á las once y media, es menester que yo me encuentre á media noche en los jardines del claustro de san Lorenzo, allí es donde me ha citado el angel, al pie del árbol de la hechicera para entregarme el tesoro. Vamos, ven.

—No, amigo mio; te suplico que no salgamos. Estoy padeciendo mucho, replicaba Paulina disimulando su espanto. Renuncia á tu proyecto de ir al teatro esta noche; quédate aqui conmigo.

—No tengo inconveniente; al fin y al cabo mañana puedo muy bien tomar otro palco. Dime de que color quieres que sean los tiros de tu coche, bayos ó tordos?

Mientras pasaba esta triste escena, Bella con el tacto é inteligencia que le prestaba su adhesion á sus amos, habia salido furtivamente en busca del médico Mr. Destrés.

El doctor Destrés era un anciano, que por una ligera indisposicion de Paulina habia empezado á relacionarse con la familia Van-Eyckens á la que tomó cariño y amistad por sus desgracias y laboriosidad interesante. Al ver el delirio de Jorge, no fue dueño de contener su inquietud y compasion.

—La enfermedad de vuestro esposo, dijo á Paulina se presenta, señora con los síntomas mas alarmantes; era necesario aislarlo, separarlo de todo inmediatamente llevarlo á un hospital y administrarle remedios enérgicos, aunque á mi pesar digo, que su locura me parece incurable.

—¿Separarme de mi esposo? ¿confiarle á manos mercenarias? ¡ah señor! ¡qué es lo que me aconsejais!

—Temo, señora, que el enfermo se vea arrastrado á actos de violencia, de los que fácilmente podreis ser víctima.

—¿Qué importa eso caballero? ¿qué significa yo comparándome con la horrible desgracia que pesa sobre mi esposo? acaso mis cuidados podrán llegar á conjurar su enfermedad.

—¡Dios lo quiera! contestó el médico meneando la cabeza, Dios lo quiera! pero sin un milagro eso no puede tener efecto.

Inmediatamente sangró á Jorge, prescribió algunos calmantes y se fue ofreciendo volver al dia siguiente.

—Bella, dijo madama Van-Eyckens cuando el doctor se habia alejado, llévate á mi hijo á tu desvan; asi tendrás cuidado de él durante esta noche.

—Y volveré aqui luego que se duerma.

—No quédate con él.

—¡Que! ¿quereis que os deje sola con el amo? exclamó la criada señalando á Jorje, que se paseaba á largos pasos con una agitacion frenética.

—Sí; mi querida Bella.

—Velaré aqui con vos.

—La enfermedad de mi marido será demasiado larga y demasiado tendrás que velar, pobre Bella.

Esta obedeció y se llevó consigo al niño. Paulina, hallándose sola con el enfermo se arrodilló para orar.

—No reces, dijo Jorje, se acerca la media noche, tus cruces espantarán á la hechicera y entonces no podré conseguir mi tesoro.

De repente arrojó un grito que partía el corazón.

—Jamás, decia, jamás. A este precio ya puedes guardarte tu tesoro, satanás. Nunca lo compraré con la sangre de mi hijo.

Poniéndose á escuchar como si le hablara una voz infernal, hizo seña á su muger para que se acercara.

—Has oido lo que satanás me aconseja? Bien mirado, ¿qué importa un niño? pronto tendremos otro. Adriano no tiene mas que cuatro años; asi se irá derecho al cielo y se colocará entre los santos inocentes; y al mismo tiempo le liberto de las pruebas terribles de este mundo. Le hacemos feliz por toda la eternidad y al mismo tiempo nosotros adquirimos inmensas riquezas. ¿Lloras? ¿vacilas? ¡Dios mio! ¡cuan débiles y llenas de preocupaciones son las mugeres! Vamos, dejadme; yo me encargo de todo; vuelve tu la cabeza.

—Se levantó, alzó la cortina de la camita del niño y dió repetidas veces con un cuchillo que habia cogido sin que lo viesen durante la visita del médico.

Paulina dió un grito de espanto. Si el niño hubiera estado allí, el loco se habia arrojado sobre la cama con tanta precipitacion que hubiera sido imposible el impedirlo.

—Muger ¿tú gritas? tú te conmueves? Mira ya el diablo se asusta y quiere huir. No; quieto, satanás. Ya que esa muger se ha hecho culpable voy á castigarla, su sangre te será agradable, estoy bien seguro, voy á hacerla correr.

Y se adelantó hácia ella blandiendo el cuchillo.

—Es preciso morir, te digo; el angel caido me pide tu sangre.

—En nombre de nuestro hijo! ¡gritó Paulina, en nombre de nuestro hijo perdóname Jorge; vuelve á la razon.

—He aqui una loca que me acusa de locura. Resignate y muere....

Corrió hácia ella; Paulina se hizo atras; con el movimiento repentino é involuntario que hizo para escapar tiró al suelo la lámpara y quedó elaposo en una profunda obscuridad. El loco bramaba, golpeaba las paredes con el cuchillo, rompía los muebles y esparcía por todas partes los pedazos. Paulina desatinada, halló medio de refugiarse en la cocina y atrancar la puerta con una mesa y otros muebles. Jorge continuó toda la noche en sus

violencias y arrebatos. Al despuntar el día, vencido por el cansancio, cayó sobre el pavimento y se durmió profundamente.

Cuando bajó Bella al cuarto de su señora, se quedó espantada; los muebles rotos y hechos pedazos; todo estaba desordenado en aquella habitación tan arreglada y linda poco antes. Paulina, con la cara ensangrentada la espalda llena de contusiones y esparcido el cabello corrió á ella medio muerta y casi sin poderse sostener.

Se buscó al médico á toda prisa. A vista del triste espectáculo que se ofreció á sus miradas, el anciano suspiró tristemente.

—Ya lo veis, señora; mis funestas previsiones se han realizado demasiado á la letra. No solamente vuestra vida sino también la de vuestro hijo están espuestas á los furiosos de un loco. Es preciso separaros de él.

—Nunca tendré valor para ello.

—Y sin embargo es necesario. En calidad y con mi autoridad de médico lo exigo.

Mandó buscar un coche de alquiler é hizo seña á Paulina de que se alejara.

—No presenciéis esta triste escena, señora, retiraos; la violencia del mal hace indispensables ciertas precauciones penosas.

—Después de la noche que he pasado, contestó ella, hay valor en mí, caballero, para todo lo que sea padecer.

Tres hombres entraron en el aposento para atar y sujetar al loco. El ruido de sus pasos despertó á Jorge; levantó la cabeza; miró sorprendido á su alrededor y parecía admirado al ver el desorden que reinaba en el aposento. Se tapó con las manos su frente desgredada, reunió sus ideas y acabó por comprenderlo todo.

—Entonces dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho.

—He aquí en lo que he venido á parar, dijo; Paulina: ¡Adriano! ¡mi esposa! ¡mi hijo! ¿No los he asesinado en mi delirio? Quiero verlos, quiero apretarlos contra mi corazón.

Paulina se precipitó en los brazos de su esposo.

¿Y qué, dijo Jorge separando los cabellos de Paulina, he sido yo, pobre muger, ha sido mi mano la que ha herido tu frente? ¿soy yo el que te ha maltratado, el que te ha hecho tan desgraciada? ¡Ah! tu debes maldecirme.

—Dejemos esos tristes recuerdos, Jorge. No hablemos más de los accesos de una ardiente fiebre, de unos transportes que ya pasaron y no se renovarán nunca. Jorge, ya estás bueno gracias á Dios.

—¡Bueno! oh! si, si, contestó él. He estado muy malo. Rodeado de visiones, un demonio me perseguía señalándome un montón de oro; en cambio pedía sangre; todo ha sido un sueño, un sueño horrible. Pero ahora, no siento nada. Respiro con facilidad, mi corazón late libremente y aun me parece que mis ojos nunca han percibido una claridad tan dulce como en este momento. Paulina, ve á buscar á nuestro hijo, quiero abrazarle después de tanto padecer.

—¡Bendito sea Dios! dijo ella entre dientes; ¡se ha salvado!

—¡Está perdido! exclamó el doctor en voz baja. Los síntomas que él mismo acaba de describir son los precursores de otra nueva crisis. Guardaos bien de traerle á vuestro hijo; subios adonde él está y quedaos allí hasta que yo mismo vaya á buscaros. Todas estas emociones os matan y vuestra salud es demasiado preciosa á vuestro hijo para que la espongais sin necesidad.

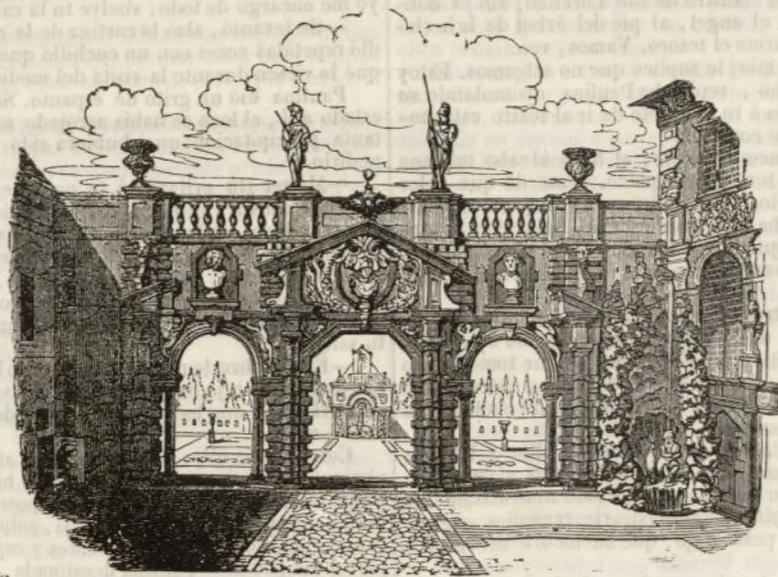
La pobre jóven aturdida obedeció al médico y subió á la buardilla adonde dormía Adriano con un sueño pacífico y profundo. Quiso ella sentarse junto á su hijo, pero el desasosiego y angustias que experimentaba la obligaron á levantarse; abrió la ventana maquinalmente y por una especie de vertigo se vió precisada á acchar lo que pasaba á su alrededor y espiar el fatal momento en que debía partir el carruaje.

Al pronto no oyó nada; luego distinguió voces; poco después gritos y el ruido de una lucha. De repente la ventana de su aposento saltó hecha pedazos; los cascos de vidrio cayeron haciendo un sonido metálico. Un ruido sordo, siniestro, espantoso se hizo oír unos momentos y después un golpe contra el pavimento.

—¡Ha muerto! gritaron muchas personas, inclinándose hácia el suelo para levantar un cadáver

ENRIQUE BERTHOUD.

(La segunda parte en el número inmediato.)



Fachada del jardín de Rubens diseñada por su mano.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LOS INDIOS DEL SENEGAL.

Generalmente en Europa se tiene una idea muy equivocada de los Indios, sin contar para nada sus antecedentes. Se atribuyen á su caracter cualidades que realmente no son otra cosa que efecto de represalias, y se olvida que la barbarie conque han sido tratados en tiempo de su descubrimiento y despues de este, son la causa de que sus venganzas sean muchas veces terribles y sangrientas. Esto no se esplica ni se comprende mas que por lo que han sufrido, y lo que se mira en ellos como efecto de perfidia y de crueldad, no es en el fondo mas que los recuerdos de las crueldades ejercidas con ellos mismos. Estos recuerdos han acabado por inocular en su sangre cierto caracter de ferocidad.

El Indio es naturalmente desconfiado y astuto. Obligado incesantemente á vivir en alerta, y á permanecer dispuesto á la defensa contra los nuevos huéspedes que no cesan de atacarle para reducirle á la esclavitud, tiene precision de oponer la destreza y la astucia á la fuerza, y muchas veces la desesperacion á la violencia. Pero cuando no se ve forzado por circunstancias especiales á salir de los limites de su carácter natural, se halla en el Indio, dulzura y buena fé, y es realmente el hijo de la naturaleza, el libre hijo de los bosques. Ahora es menester convenir que ha perdido algo de su primitiva simplicidad. Los Europeos le han hecho conocer nuevas necesidades y le han escitado gustos para él desconocidos. Sus bosques y selvas proveian á sus necesidades, y su riqueza satisfacía sobradamente sus deseos; mas poco á poco lo supérfluo se ha convertido en necesidad indispensable. Los vicios de las naciones cultas se han introducido entre los pueblos salvajes, y estos dos elementos de destrucción moral han contribuido casi tanto como la opresion, á bastardear su primitivo natural, franco y generoso. Asi los Indios en otro tiempo tan formidables y numerosos, desaparecerán gradualmente y formarán un solo cuerpo de nacion con sus colonos. Esta fusion será lenta, sin duda, pero parece casi infalible, porque es forzoso efecto de las mismas cosas, es decir que propondrá poco á poco de la industria, del comercio, y de la civilizacion. Los Indios ó Caribes que habitan en Surinam y el pais de sus cercanias, son generalmente de buena presencia, proporcionados, sanos, fuertes y vigorosos; no tienen deformidades corporales, y fuera de casos accidentales, es muy raro hallar uno impedido ó ciego.

El color de su tez, generalmente es moreno, tirando al rojizo del cobre. Cuando nacen son tan blancos como los Europeos; pero esta blancura desaparece al cabo de algunos dias, para tornarse en las tintas cobrizas que es el color natural de su raza.

Los hombres son generalmente de buen carácter y se obtiene de ellos lo que se quiere con dulzura, amabilidad y sobre todo prodigándoles bebidas fuertes, aunque su embriaguez es casi mas terrible que su cólera. Son crueles en sus excesos, como en su venganza. Las facciones de sus rostros son bastante agraciadas, aunque especialmente entre los jóvenes se nota un fondo

de melancolia que previene del embrutecimiento, y del exceso de bebidas espirituosas, á las que se entregan con una pasion casi increíble.

Tienen la frente chata y aplastada, los ojos negros y generalmente pequeños, y hermosa dentadura que conservan hasta una edad muy avanzada, porque no padecen jamas los males de boca que son tan comunes en Europa. Sus cabellos negros y cortos solo encanecen en su decrepitud. Adornan su rostro con rayas negras y rojas, y se hacen las primeras con zumo de janípaba y para las rojas usan del achiote. Su color favorito como el de todos los pueblos salvajes es este último, y se frotan sus cabellos, el pecho, la espalda y otras partes del cuerpo, de suerte que al mirarlos muchas veces que se untan hasta la mitad de las piernas, parece que llevan puestos borceguies de su color natural, y á cierta distancia se creeria que habian recibido muchas heridas. La naturaleza no les ha concedido barba pero por poca que tengan se la arrancan con pinzas que hacen de las conchas.

Las mugeres para adornarse agujerean su labio inferior por el que pasan un alfiler, un hueso ó un pedacito de madera del que suspenden cuentas ó granitos de piedra con tal que brillen. Otras los hacen en la nariz en la que colocan una especie de caracolillo que les cuelga hasta la boca. He tenido en mi mano adornos de esta clase que me han parecido de plata y los naturales me han asegurado que su pais contiene gran cantidad de este metal. Los hombres tambien se agujerean las orejas, introduciendo á lo largo pedacitos de este metal de dos ó tres pulgadas de longitud. Mas, ordinariamente se sirven de adornos de madera, ó bien con algun hueso de un enemigo suyo; y la mayor parte lo usan en una sola oreja.

Cubren sus cabezas con plumas de diferentes pájaros; otros con una especie de gorra ó montera, otros se rodean la cabeza con piel de tigre pero los mas llevan la cabeza desnuda.

Su traje es muy sencillo ó mas propiamente no usan casi ninguno. Cuando se les reprende su desnudez, contestan que habiendo venido asi al mundo, es una locura cubrirse.

Esto me recuerda la respuesta de un gefe indio hecho prisionero por los españoles, y que iba vestido á la europea. El general le preguntó quien era, y el indio contestó:

—Permitid me quite este vestido, á fin de que me conozca yo mismo.

Los hombres llevan al rededor del cuerpo una cuerda ó cinta del que suspenden un cuchillo desnudo. Una faja de tela de algodón roja ó azul, y de poco mas de media vara de ancha por cuatro ó cinco de larga, se rodean al cuerpo y dejan colgar las dos estremidades. Los hay tambien que llevan una especie de dalmática ó mantón de dos ó tres varas en cuadro, que llevan sobre la espalda.

Pero nada es tan cómico como ver llegar á uno de sus gefes ó capitanes á algun fuerte de los europeos, ó á conferenciar con alguna autoridad de la colonia. Para estos actos su traje de ceremonia, es una levita ó casaca encarnada y galoneada, sin mas calzon ni camisa, un sombrero redondo galoneado y un gran baston en la

mano parecido al que usan nuestros tambores mayores. Toda la tribu sigue detras, cerrando la comitiva las mugeres y los niños.

Este gefe es regularmente un anciano, y sin disputa el mas hábil guerrero de entre ellos. Se hace obedecer á la primera seña, y sus mas insignificantes palabras son miradas por todos como las de un oraculo.

Sus armas consisten en arcos que tienen cinco ó seis pies de longitud. Las flechas tienen tres pies ó tres y medio de largo y son de junco ó de palmera. Por una estremidad las adornan con plumas de papagayo y las puntas son de hierro ó de espinas de pescados perfecta y artísticamente trabajadas. De otras flechas se sirven para tirar á los mariscos cuando no se halla mas que á dos ó tres pies de profundidad de agua. Las que usan para combatir á sus enemigos las emponzoñan con el zumo de un arbol que se cria solo en aquellos climas.

Los indios se sirven tambien de picas ó lanzas que arrojan con una destreza admirable, y construyen de junco cerbatanas de nueve ó diez pies, en las que colocan una flecha muy pequeña y punzante, envuelta en algodón, y con solo el aire que despide su boca, las hacen correr un espacio de ciento treinta pasos y con suficiente impulso para cazar pájaros y cuadrúpedos pequeños.

Solo despues del arribo de los europeos han conocido los indios el uso del fusil, del sable y del hacha, y se sirven del primero apoyando como los negros el talon de la culata en la cadera derecha.

Las mugeres indias tienen menos estatura que los hombres, pero sus formas son muy regulares y agraciadas. Llevan generalmente al rededor del cuerpo y por mas abajo de la cintura, una especie de faja de la que suspenden otra tela teñida con el zumo de janipaba. En otras tribus vecinas usan unas camisolas cortas adornadas de lazadas de diferentes colores, y otras una especie de sayas sin mangas. Esto usan principalmente las que pueblan el Perú y las riberas del Amazonas.

Los indios no tienen nunca residencia fija ni determinada y lo mismo habitan en las anconadas, ó en las riberas, como se retiran á lo mas profundo de los bosques ó á las orillas del mar. Cuando resuelven cambiar su morada lo primero que hacen es elegir el punto que deben ocupar y terraplenarlo bien, para construir su cabaña. Hecho esto preparan en su inmediacion el terreno necesario para el cultivo, donde siembran yuca para estraer despues el cazabe, que es una harina bastante grosera, platanos y maiz ó trigo de Turquía, pero nunca siembran mas que lo absolutamente necesario para su subsistencia, pues no conocen otras necesidades que las puramente indispensables para la vida.

Habiendo un dia hecho una expedicion á una aldea con otro viagero amigo, me puse á dibujar mientras se dedicaba mi camarada á los placeres de la caza. Me llamó la atencion la vista de una jóven india y traté de representarla en mi dibujo. Asi que me vió se acercó y entonces la ofrecí un collar que miró con indiferencia y realmente sin aceptarlo, porque en esta nacion ninguna jóven puede admitir presente alguno por insignificante que sea, como no venga de mano del que desea llamar su esposo. Me preguntó si tenia muger é hijos y habiéndola contestado que no, se admiró mucho de mi respuesta: en seguida fué á llamar á un anciano que se hallaba cerca de donde estábamos, y volvió con él y con otras muchas mugeres y niños que acudieron para ver lo que yo hacia. El anciano me alargó francamente su mano y me abrazó. Le enseñé mis dibujos, pero cuando divisó entre ellos el retrato de un indio de una tribu enemiga, sus facciones tomaron una espresion de enojo y exclamó irritado: *Perverso esclavo*. Y para calmar su cólera golpeó con mi lapicero el retrato repitiendo:

Perverso esclavo; entonces su fisonomia volvió á mostrarse risueña. Distribuí algunas dádivas y collares que fueron recibidos con indiferencia, y continué retratando á la jóven india que se prestó á permanecer delante de mí con la mayor complacencia. Les di un poco de aguardiente que brindaron á mi salud, la jóven india trajo un pedazo de pan de cazabe, y me retiré á otra aldea despues de haberla apretado cordialmente la mano. No obstante la desconfianza natural que se observa en la mayor parte de los naturales, poseen una finura increíble de instinto que les hace adivinar las intenciones de los que acuden á visitarlos. Despues que se persuaden que el extranjero que los visita no lleva ánimos hostiles, ó de espionage, puede estar seguro de hallar la hospitalidad mas franca y la mas fraternal acogida.

La caza y la pesca forman sus ocupaciones habituales, y cuando salen á estas expediciones sus mugeres están obligadas á seguirles cargadas con las provisiones necesarias, y de recoger las piezas que ha muerto el cazador y llevarlas á la cabaña. He visto un dia á una jóven é interesante india que volvia de cazar con su marido y mientras que este llevaba simplemente su arco y las flechas, la muger iba encorbada bajo el peso de un saco de bananas, de un niño que llevaba al pecho, de una calabaza llena de chicha y de una cesta ó canasta con la caza.

Cuando los indios regresan de sus cacerias ó pesquerias se entregan completamente al reposo y al descanso que es su principal delicia y se tienden en sus hamacas ó en el suelo, mientras que sus mugeres que distan mucho de ser tan perezosas y sobre las que pesan todos los cuidados de la vida, se ocupan del arreglo doméstico.

El principal alimento de estos pueblos, consiste en caza, en pescado fresco ó ahumado, cangrejos, langosta de mar, tortugas, patatas, maiz y cazabe de que se sirven tambien para hacer sus bebidas.

En la cabaña de un indio no se hallan mas muebles que los estrictamente precisos. La parte principal de su menage consiste en una hamaca de cinco ó seis pies de longitud, por diez ó doce de ancho, fija en sus estremos por mas de cincuenta hilitos de dos pies, clavados en el suelo, ó de dos troncos de los que sostienen la cabaña, ó de los árboles en los bosques, teniendo tambien una cuerda gruesa que les sirve para suspenderla.

Las mugeres tienen cuidado sobre todo en los bosques de encender fuego y mantenerlo continuamente bajo de las hamacas, lo que reúne la doble ventaja de espantar las fieras y alejar los mosquitos y otros insectos dañinos que podian molestarles. Sus utensilios de cocina consisten en calabazas, vasijas y platos que fabrican las mugeres.

Estas se ocupan tambien en hacer grandes cestos que les sirven para guardar los utensilios mas pequeños de su casa y para trasportarlos cuando varian de residencia. En todas las cabañas se ven suspendidas de los troncos que la sostienen las armas de que se valen para la guerra.

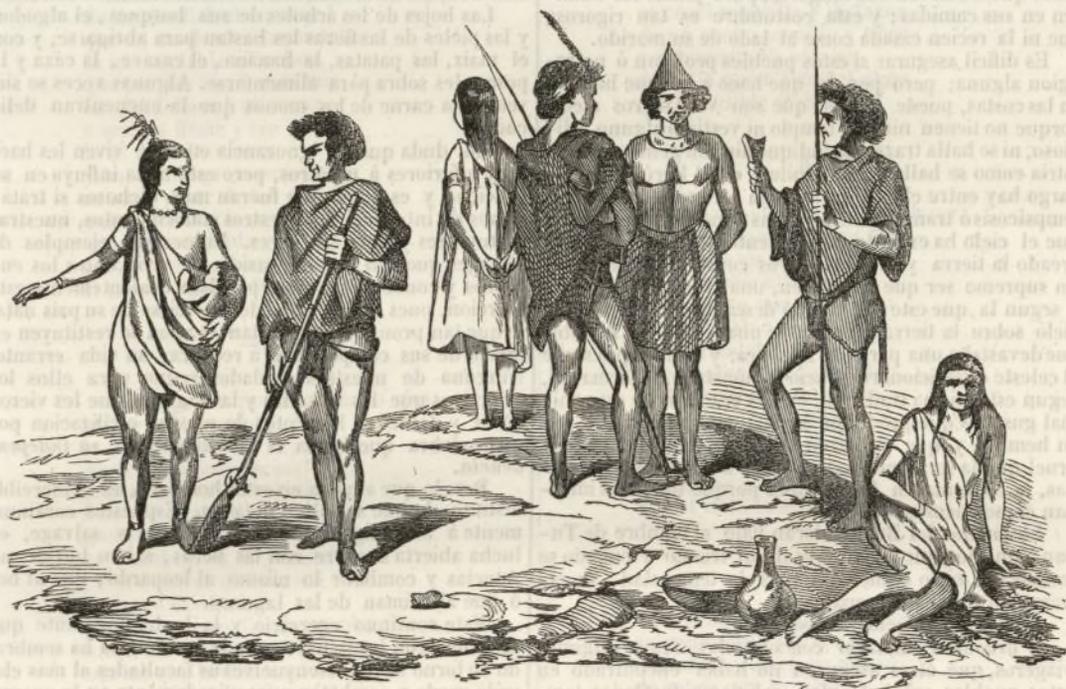
Los instrumentos de música de los indios, consisten principalmente en flautas, una especie de trompetas y timbales hechos de un tronco hueco de árbol cubierto con una piel de tigre.

No conocen el uso de las sillas, y cuando se sientan para comer lo hacen sobre un trozo de madera y con mas frecuencia se tienden boca abajo sobre el vientre con el plato en el suelo y apoyándose en los codos. Tienen al lado su calabaza y comen con los dedos. Las cabezas de familias comen solos, y cuando han terminado su refaccion se acuestan en sus hamacas mientras que sus mugeres é hijos se colocan en rededor suyo para comer lo que les dejan. No guardan en sus comidas horas ni periodos determinados sino que lo verifican cuanto se sienten necesitados.

Todas sus diversiones las cifran en un baile ó danza que llaman *Chavin* y que mas bien que baile compasado, ofrece la imagen de la locura y del delirio. Es imposible pueda concebirse una cosa mas salvaje y desordenada. Sus movimientos son los mas bruscos, mas vivos, hacen las contorsiones mas furiosas y ridículas que pueden imaginarse. Cualquiera al verlos por primera vez creeria se iban á desnucarse ó á dislocarse, y crugían sus músculos por la violencia que emplean en sus forzadas actitudes. Apenas puede seguirles la vista y parar atención en los precipitados grupos y posturas que presentan. Esta danza infernal reúne para los naturales tanto atractivo, que no desperdician ocasion de entregarse á ella; cualquier cosa la mas insignificante les sirve de pretexto para bailar. No se comprende como la estructura anatómica del hombre, se presta á sus insensatos movimientos. Muchas veces se cogen de las manos formando un

círculo cuyo centro ocupan las mugeres, y dan vueltas alrededor como untorbellino, acompañando sus grotescas evoluciones con canciones y palabras sin sentido y sin medida, siendo comun que se prolonguen estas danzas dias y noches enteras. Alguna vez las interrumpen para escuchar un narrador que refiere la vida y hazañas de los antecesores de la tribu, ó bien su propia historia, relatando los hechos mas notables de su familia y los combates personales que ha sostenido; los enemigos que han sucumbido á sus manos, los sangrientos dramas en que ha figurado, y las mas terribles escenas ocupan su atención.

Despues que se hallan reunidos asi como en sociedad, y que el historiador ha terminado su relacion, se reviste de humor festivo y refiere todos cuantos desatinos se le ocurren, y que considera pueden contribuir á la diversion de su auditorio; cuando llega este caso to-



Alto de los salvajes indios

dos se creen asistidos del derecho de usar de la palabra, y de lucir sus canciones y los ecos de sus conciertos.

Rara vez terminan estas reuniones tranquilamente, pues es muy comun que sirvan para renovar enemistades y odios, y que finalicen con luchas sangrientas y terribles.

Los mas jóvenes se entregan igualmente á los placeres del baile; pero es de otro genero mucho mas tranquilo. Todos se pintan el cuerpo de encarnado y adornan sus cabezas con una especie de frontales guarnecidos de plumas, que escogen de colores muy vivos, y asi llaman á este baile el *baile de los pájaros*. Referiremos como proceden en esta danza que por su originalidad no carece de incidentes estraños. Los hombres acuden con anticipacion á internarse en lo mas espeso de los bosques y se ocultan tras de los árboles. En seguida acuden las jóvenes muy despacio y como procurando que

no las divisen, marchando unas tras de otras en cuclillas é imitando admirablemente los trinos y los silvidos de diferentes pájaros. A este llamamiento ó provocacion contestan los hombres tambien imitando los mugidos de las fieras. Despues de este juego que puede llamarse de escondite salen los hombres y aparentan huir las mugeres, corren, saltan y continuan de esta suerte por un determinado espacio de tiempo con una agilidad increíble, hasta que cada una de las jóvenes se deja coger solo por el que de antemano profesa alguna inclinacion.

En Surinam, como en la mayor parte de los pueblos salvajes, las formalidades y ceremonias que acompañan y preceden á los matrimonios son de una simplicidad casi primitiva. Cuando un indio resuelve escoger una compañera, empieza por obsequiarla con el producto de sus cacerias ó pesquerías, ó bien se presenta á ella revestido con sus arneses de guerra y la ofrece los des-

pojós ó el cráneo de un enemigo si ha tenido la fortuna de combatir y vencer. Si la jóven admite estos presentes prueba que consiente en que sea su esposo. Al llegar la noche y cuando presume estará de vuelta en su habitación á descansar de las fatigas de la cacería, le lleva la jóven una olla de carne ó de pescado y regresa en seguida á su cabaña.

Al día siguiente se determina en el que ha de celebrarse el matrimonio, y en este intervalo se procuran las provisiones necesarias de caza y pescados para el festín que es de rigor en semejantes ocasiones, y para el que convidan á los parientes y amigos. Cuando llega el día prefijado el jóven entra en la casa de su futura, y la dice:

—Te he escogido por esposa.

Estas palabras bastan, y le sigue. Despues se celebra un convite al que asiste toda la familia y los amigos, pero en el que los hombres se sientan los primeros, en tanto que les sirven sus mugeres, pues jamas las admiten en sus comidas; y esta costumbre es tan rigorosa que ni la recién casada come al lado de su marido.

Es difícil asegurar si estos pueblos profesan ó no religion alguna; pero por lo que hace á los que habitan en las costas, puede decirse que son verdaderos ateos, porque no tienen ningun templo ni vestigio alguno religioso, ni se halla traza que indique ningun género de idolatria como se hallaron en Chile y en el Perú. Sin embargo hay entre ellos que creen en otra vida, en la metempsicosis ó transmigracion de las almas, y que piensan que el cielo ha existido eternamente, y que solo ha sido creado la tierra y el mar. Otros conservan acerca de un supremo ser que reconocen, una tradicion singular y segun la que este ser mandó descender á su hijo del cielo sobre la tierra para matar una serpiente horrible que devastaba una parte de América; y que despues que el celeste expedicionario venció al mónstruo, se formaron, segun esta misma tradicion, en las entrañas de este animal gusanos que produjeron cada uno un caraibe con su hembra y que poblaron así la Guiana. La guerra cruel que la serpiente habia hecho á las naciones vecinas, la continuaron los caraibes porque todos les miraban como enemigos.

Los indios del Brasil adoran bajo el nombre de Tupan á un dios que dicen preside al trueno y cuando se muestra el cielo cubierto y ruge la tempestad, se estremecen y esclaman espantados:

—El Dios está encolerizado:

Y procuran calmarlo con ofrendas, segun algunos viajeros, que otros aseguran no haber encontrado en estos pueblos señal de ideas religiosas, fundados tambien en que en su idioma no existe palabra que espresese el nombre de un dios ó de un ser que reconozcan por supremo.

El trueno es para los caraibes salvages el poder mas formidable, y le creen deudores de la ciencia de la agricultura. Profesan tambien un respeto religioso é idolatria á las *tamaracas*, fruto que por su figura se parece mucho á la calabaza, á la que prestan muchos honores. Los sacerdotes cuando visitan sus tribus van provistos de amaracas ó tamaracas que hacen adorar solemnemente, llevándolas á el extremo de un baston y ricamente adornadas de hermosas plumas. Persuaden á sus feigreses á que lleven de comer y de beber á estas tamaracas porque les hacen creer que se muestran agradecidas en que las obsequien de esa suerte.

Cuando Colon descubrió la Isla de santo Domingo, adoraban sus habitantes á unas imágenes que llamaban *Amis*, que miraban como sus dioses tutelares y á las cuales tributaban culto y ofrecian sacrificios. El rey era el gran pontífice esta religion y adoraban tambien como dioses supremos á *Toroataiha Toomoo* y *Tepapa* que segun sus tradiciones habian sido en la

antigüedad puntas de roca. Admitian otra especie de dioses de menos categoria á los que daban el nombre de *Catuas*, y de los que dos habian sido padres de los hombres. *Tano* hijo del Dios superior y de *Tepapa*, era el que mas particularmente invocaban, porque creian que se interesaba infinitamente mas en la direccion de los negocios del género humano.

El que considera por primera vez estas regiones, no puede menos de calificarlas de muy miserables; pero reflexionando y observándoles atentamente, es preciso convenir en que son mas felices que los europeos. No conocen el lujo ni las comodidades de la vida y viven enteramente estraños á todo lo que una nacion civilizada presenta de curioso y de interesante; pero disfrutan en cambio de una libertad, libertad natural y primitiva que constituye el simbolo de su existencia. No conocen mas dominacion que sus deseos y nunca encuentran obstáculos para satisfacerlos. La ambicion y las pasiones ruines de la sociedad les son enteramente estrañas.

Las hojas de los árboles de sus bosques, el algodón y las pieles de las fieras les bastan para abrigarse, y con el maiz, las patatas, la banana, el cazave, la caza y la pesca, les sobra para alimentarse. Algunas veces se sirven de la carne de los monos que la encuentran delicada.

Sin duda que la ignorancia en que viven les hace muy inferiores á nosotros, pero esto nada influye en su felicidad y es difícil que fueran mas dichosos si tratásemos de introducirles nuestros conocimientos, nuestras costumbres y nuestras leyes. Numerosos ejemplos de salvages que han tenido ocasion de vivir entre los europeos y conocer sus usos, prueban evidentemente esta asercion, pues que no cesan de acordarse de su pais natal y que tan pronto como hallan ocasion se restituyen en medio de sus compatriotas á recobrar su vida errante. Ninguna de nuestras ciudades reúne para ellos los atractivos que los bosques y las lagunas que les vieron nacer y desdeñan los frutos de nuestra civilizacion por una palabra que forma el todo de su vida: su *independencia*.

Pero lo que admira en estos hombres, es el increíble instinto de que se hallan dotados. Espuestos continuamente á los peligros de la vida errante y salvage, en lucha abierta siempre con las fieras, saben burlar sus astucias y combatir lo mismo al leopardo, que al boá ó que al caiman de las lagunas.

Este continuo egercicio y la lucha incesante que sostienen con los peligros que la naturaleza ha sembrado en torno suyo, desenvuelven sus facultades al mas elevado grado y combaten encarnizadamente en la guerra. Cuando llegan á encontrarse dos tribus enemigas es para un combate de esterminio en que ostentan todo lo que el furor y el odio salvage puede inventar de mas cruel y de mas atroz. Sin freno ni ley humana que los contenga, pelean sangrienta y terriblemente, sin que sea bastante para formar una idea aproximada, las luchas de las mismas fieras que se desgarran y devoran entre sí con las uñas y los dientes.

Sus combates son á cuerpo descubierto y en el llano, porque nunca defienden límite alguno de terreno ni hogar determinado, porque destruidas sus chozas se encaminan á descubrir algun otro punto á propósito para establecerse y construir sus habitaciones. La caza y la pesca les suministra sobradamente para satisfacer las necesidades de la vida, así como los árboles y la extraordinaria feracidad del pais les convida por todas partes con sus frutos; pais que por sí solo y por su clima hace comprender la inmensa necesidad de libertad, ó mejor dicho de vagancia que experimentan los habitantes del Senegal.



ESTUDIOS LITERARIOS.

DESDEN Y FIRMEZA.

BALADA AMOROSA.

Eran tan dulces las quejas
de un desdichado cantor
que de un desden lamentaba
la inconsolable afliccion,
que por ser tú, Laura mia
tan desdeñosa á mi amor,
y ser tan firme y tan pura
la fé de mi corazón
y haber tan gran semejanza
entre el pesar de los dos,
quiere decirte las quejas
que el desdichado cantó;
porque era también poeta
el tierno y pobre Damón.

«¿Porque al que mira en tus ojos
brillar la llama del Sol
le niegas el blando rayo
de su dulce inspiracion?
Si para gloria del mundo,
Dios, su grandeza formó,
¿porqué gloria de mis ojos
no alumbras tú mi pasion?
¿Y si conoces que abrasa
su fuego devorador,
porqué su incendio no templas,
si con tus lágrimas nó,
con las que brotan copiosas
del manantial de mi amor?»

«Si es tan sublime el encanto
de tu dulcísima voz
como el sereno susurro
del rebotar del alcion,
como de tórtola amante
el moribundo clamor,
ó como de arpa lejana
la lánguida vibracion,
¿porqué niña idolatrada
de tu infeliz trovador,
solo con él no es tan suave
tu suave respiracion,
y solo con él tu pecho
dá muestras de ser feroz?»

«Si á todos, niña sonries,
¡Ah! Te lo perdone Dios!
que ignoras el dardo agudo
que clavas al corazón,
¿porqué, virgen de mis sueños
el poco feliz yo soy
que jamas, ni aun por lisonja
tal dicha te mereció?
El ser cruel, niña hermosa
es cruel mancilla y disfavor
de un pecho sencillo y tierno,
y desmiente su opinion
de bella quien tiene el alma
tan insensible al dolor.

«Si han sido, ingrata hechicera,
por quien muriendome voy
tus rigurosos desdenes
de mi cariño el crisol,
tu has visto que salió puro,
y que el labio no mintió
comparándolo al cariño
que al arcángel guardador
de tu inocencia lendrias;
ó á la sencilla oracion
que en el templo de Jesus
con religioso fervor
tú rezarás por tus padres
que el cielo te arrebató!

«Escondan, pues, esos ojos
su penetrante aguijon,
que si tan dulces me matan
de sobra está su rigor.
Mira que el tiempo se pasa
como la dicha veloz:
y que despues de una aurora
de bonancible arrebol
al cielo entre negras nubes
suele embolver un turbion!
No esperes, niña, á que se huya
tu sueño fascinador,
y el desengaño disipe
tan seductora vision!

«No fies en la hermosura
que alguno te encareció
por dirigir con alhagos
mentidos tu inclinacion:
que aunque eres bella, y mas bella
que un serafin del Señor,
los años y los pesares
llevan las gracias en pos!

Y la hermosura se acaba
como se agosta una flor
como se empaña un cristal,
como se apaga una voz,
como se deshace un sueño
como se huye una ilusión!

«Quiere pues á quien te adore
por prendas de tu opinión
porque las prendas del alma
guardan siempre su valor:
ama al hombre de quien sepas
que aun desdeñado te amó,
que te amó aun sin esperanza,
que esta es la prueba mayor
de una invencible, fogosa,
leal y eterna pasión!
Si á ese hombre solo has de amar,
ese hombre solo soy yo,
que aunque con poca esperanza
te amo tanto como á Dios!

«Bien sabes, luz de mis ojos,
que no es exageración,
y que á tener Dios envidia
tubiera de mi amor,
pues ni en sus angeles creo
que halle tal adoración.
Estiende, pues, una mano
al que á tus plantas cayó
jurando ó morir ante ellas
ó alzarse con tu favor.
Y advierte que mis querellas
las últimas que oyes son
pues que mi sangre se hiela
al verse sin tu calor.

«No me oyes? Mal comparé
tu dureza á ese peñon
del monte, porque su entraña
un rayo cicatrizó,
y aun de el llanto de mis ojos
la perenne duración,
que gota á gota en la piedra
por muchos años cayó
en el peñasco hizo mella
y en el alma tuya, no!
de modo que entre una niña
y una peña, el mundo vió
que era la niña, mas dura
é insensible de las dos!

«¿Y no te quema las sienes
de la vergüenza el ardor?
¿Y siendo tu alma de piedra

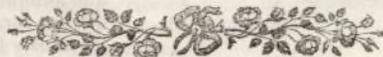
haces de hermosa blason?
Tu eres cual flor peregrina
mas sin aroma y color:
llama sin luz que consuele,
estátua sin comprensión,
vaso sin nectar que alhague,
bosque sin sombra y frescor,
fuente sin agua sabrosa,
y muger sin corazón
que es la mancilla mas grande
en quien para amar nació.»

Laura, sospecho que acaso
te enfada ya esta canción
y así suspendo el contarte
mil ternezas que añadió
aquel martir que adoraba
con mi ternura y fervor!
Fué aciago el fin de su historia,
que él sin esperanza amó,
y vida en que no se espera
pronto acaba su misión.
En una noche sombría
de la luna al tibio albor
se dió muerte, por la ingrata
que apenas ¡ay le lloró!

Laura, no porque me alientes
te cuento el fin de Damon,
pues no aspiro á enternecerte
sino por mí y mi dolor.
Ni puedo soñar que tengas
de piedra tu el corazón,
ni que sospeches mi muerte
sin remordimiento atroz.
El día en que te persuadas
que el aspid devorador
que roe mi alma, es bastante
á matarme de pasión,
yo espero que á nada atiendas
sino á consolar mi amor!

Entre mis brazos, entonces,
confesarás con rubor
que mi constante martirio
de tu fiereza triunfó!
Y acariciando mi frente
con exaltada emoción
y con tus besos borrando
huellas que el pesar marcó;
Me dirás al fin:—Gocemos
«dicha que se huye veloz,
«cual se desliza una nube
«ó se eclipsa un arbol,
«ó se amortigua un relámpago,
«ó se deshace un vapor!

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.



ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

DON TEODORITO.

UNA BROMA.

El mio se llama don Teodorito, y digo el mio porque no hay nadie que no tenga el suyo. Pocos sugetos habrá que no se hayan encontrado alguna vez en el curso de su vida con uno de esos hombres chiquitillos, regordetes, con los cabellos cortos y erizados, ojos vivos y menuditos, nariz aplastada, carrilludo y colorado, que de todo rien, que gozan y celebran chillando y mofándose del prójimo, que nos aturden la cabeza, que separan nuestra silla cuando vamos á sentarnos, que nos quitan el pañuelo del bolsillo cuando conocen que vamos á necesitarlo, en fin uno de esos hombres que cuando se les mira un tanto amostazado ó con enojo, contestan con un aplomo admirable: eh!, ha sido una broma!

Indudablemente que tendrán vds. amados lectores, cada uno el suyo, y el mio es como he anunciado ya, don Teodorito. Conoci á este hombre en Madrid y sin mas que considerar su ridícula y estrafalaria figura, sus maneras descaradas y sus triviales chanzonetas, se adivinaba con presteza que era uno de los que aprenden por principios cuidadosamente su inenvidiable oficio de bufon. Era un obligado de gracioso que desempeñaba cumplida y maravillosamente su papel; colocaba hábilmente en el extremo de las cadenas ó cordones de las campanillas un trozo de carne, con objeto de que los perros acudiesen atraídos por el olor que despedía, y saltando para alcanzar la presa que escitaba su apetito, se molestáran los criados cien veces á las reiteradas interpelaciones de la campanilla. Insertaba anuncios en los diarios de avisos, para hacer blanco del ridículo universal á alguna persona determinada, tal como uno que titulaba *aviso interesante á viudas y cesantes* y en el que se ofrecia en la época de mas apuro del tesoro y cuando todas las clases del estado y especialmente las pasivas, ladraban de hambre, suministrar habitaciones y artículos de primera necesidad, á cuenta de mensualidades devengadas; en otra ocasion quitó un cartel de memorialista para añadirlo á la muestra de una fonda, de suerte que venia á leerse: *se sirven con esmero y limpieza doncellas y amas de cria con leche fresca*.

Don Teodorito ejercia lo mismo su habilidad en el campo que en el seno de la sociedad y en las reuniones; sabia como deben cortarse las cerdas de un cepillo y distribuirse en la cama de un amigo para que no lograse descansar en toda una noche, agujereaba maravillosamente un tabique á fin de atar un hilo á la ropa que cubria una cama, para tirar cuando mas dormido le parecia que debia hallarse el que escogia por victima de sus juegos y que despertase transido de frio, porque siempre elegia para estas gracias las noches mas frias y húmedas, menudeando esta operacion lo suficiente para darle una noche toledana, y si acaso la repeticion de este accidente hacia caer en la cuenta al paciente, y se levantaba jurando y maldiciendo, exclamaba por el agujero

ro en tono zumbon y riendo estrepitosamente: amigo que vd. se divierta, y si se enojaba demasiado gritaba: es una broma!

Si don Teodorito se encontraba con alguna de esas personas sencillas, de espíritu escrupuloso ó supersticiosas y aprehensivas, entonces estaba en su elemento, porque de seguro le prestaba materia para dar rienda suelta á sus ridículas y enfadosas gracias, y mientras se entregaba tranquilamente al sueño su amigo ó extraño, que esta circunstancia le importaba poco, estrechaba su pantalón y vestido cosiéndole el mismo para por la mañana correr á despertarle acusándole de perezoso, y dándole prisa para vestirse so pretexto de que le esperaban sus amigos que habian dispuesto repentinamente una cacería, ó bien inventando cualquiera otro motivo plausible.

—Pero que es eso, que le ha pasado á vd? exclamaba don Teodorito, está vd. hinchado.

—Yo?

—Qué atrocidad! pero está vd. enfermo?

—No tal; á vd. le parece?

—Pues no me ha de parecer! vístase vd. y vamos donde están los demas y le dirán lo mismo que yo. Pero de que será, Dios mio!

—Calla, pues no puedo vestirme,

—Por eso, si le digo á vd. que está hinchado. Eso es un ataque fulminante de hidropesia.

Muchas veces conseguia que adquiriese aprehension su victima, y estas escenas duraban tanto cuanto tardaba en exclamar su favorito estribillo de: es una broma!

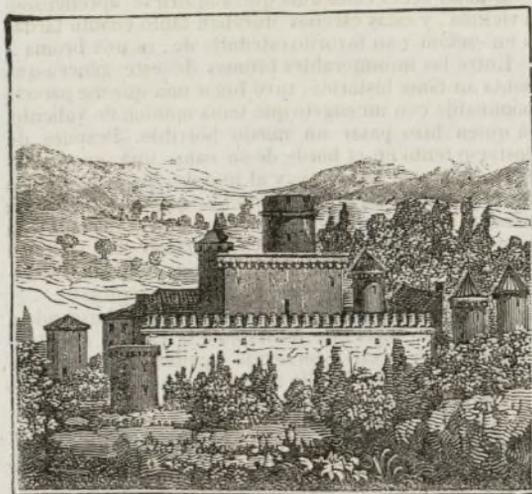
Entre las innumerables bromas de este género que cuenta su fama histórica, tuvo lugar una que me pareció abominable con un sugeto que tenia opinion de valiente, y á quien hizo pasar un miedo horrible. Despues de acostarse tentó en el borde de su cama una cosa fria y suave, lo desvió con el pie y al impulso que le comunicó observó que era un cuerpo redondo que se movia y se estiraba; era una serpiente enrollada en sí misma. A la primera impresion de esta idea, se lanzó del lecho en camisa y dió un grito, al mismo tiempo que don Teodorito exclamó: el valiente se asusta de una anguila!

El sugeto salió furioso de la habitacion buscando á don Teodorito, mas este le arrojó á la cabeza un jarro de agua fria y se salvó corriendo y gritando: hombre es una broma! Los dueños de la casa acudieron al estrépito y tranquilizaron al burlado explicándole como don Teodorito era un jóven apreciable, de un ingenio y travesura particular, y que no podia prescindirse de él, sobre todo en el campo so pena de morirse de fastidio.

Mis lectores han podido suficientemente juzgar lo contrario, que es uno de esos entes insoportables que tolera la sociedad demasiado débil siempre para rechazarlos, que pasa y vive de la existencia ajena, y que como un perro que cruza por medio de un juego de bolos derribando la mayor parte, asi acibara la agradable impresion de nuestras alegrías ó interrumpe nuestras reflexiones y tristezas. Pero aun son estos mas insoportables que el perro y mas difícil de evitar, porque siempre están al corriente de los sentimientos que experimentamos y de nuestros proyectos, para desconcertarlos con una sola palabra ó con una chanzoneta. Son tanto mas temibles cuanto que de continuo está uno espuesto á servir de blanco al ridículo y á la mofa de sus mas crueles enemigos y á la risa de los amigos, siendo igualmente

delicioso que consiguen hacer cómplices de sus chanzas á los demas, con el placer que experimentamos al tener algo que ridiculizar en nuestros semejantes, de lo que resulta que cuando se dirigen á uno, no encuentra quien le compadezca ni ayude á sobrellevar la carga porque tampoco ha tenido conmiseracion para los demas, ni es lícito el enojarse, porque este triste recurso nos acarrearía el doble ridículo.

Entre los hombres de este carácter hay muchos que su vulgaridad acaba por desconceptuarlos, estos son los que solo han enriquecido su repertorio con imitaciones de otro y con chascarrillos comunes y conocidos de todos, tales como asomar la cabeza rasgando con ella el papel que tiene pegado en su vidriera un zapatero ó una modista á guisa de vidrio provisional, para preguntar la hora que es ó las señas de la casa del obispo ó del ministro de hacienda; atravesar una cuerda en una escalera para que caigan los que bajen por ella, ó mas bien valiéndome de la espresion que usan sus autores, *para que descendan á los infernos*; avisar apresuradamente á media noche á un escribano para que vaya á otorgar un testamento á casa de uno de sus amigos que se encuentra perfectamente bueno; repartir esquelas participando el efectuado enlace de dos personas que van á la tertulia, y mil otras gracias de este jaez; este es el fondo del gracioso, del bufon de sociedad, y mi don Teodorito poseia mejor que cualquiera otro el especial ingenio de fastidiar á su prójimo, con bromas de esta especie, tan necias como celebradas. Pero ademas de la absoluta posesion del oficio, habia inventado y discurrido por su cuenta otras que le habian adquirido una reputacion colosal. La única verdaderamente original sino graciosa que presencié, tuvo lugar en una casa de campo donde nos hallábamos reunidas varias familias.



Entre las jóvenes y muchachas que se encontraban allí, habia una de treinta años, melindrosa, apasionada por la elegancia, de romántica imaginacion y que preferia á los obsequios que la prodigaba don Teodorito, y á su colorada y clásica fisonomía, la enjuta y amarillenta de un jóven taciturno y melancólico. Don Teodorito procuraba cuanto le era posible ridiculizar á los ojos de la esquiva dama á su rival, pero esta interpretaba siempre su silenciosa tranquilidad en preocupacion poética y su credulidad en buena fé respetable. Una noche nos retiramos cada cual á su celda, despues de haber hecho

una brillante apología del jóven, la que oyó don Teodorito con una paciencia é impasibilidad de fatal augurio. Al cabo de una media hora en que la casa yacia en el mas profundo silencio, resonaron en la sala del piso bajo gritos de: fuego! fuego! Todos nos precipitamos de la cama hombres y mugeres á medio vestir ó medio desnudos, como vds. gusten, y entramos asustados en la estancia de donden partian los gritos. No se veia señal alguna de incendio, solo don Teodorito estaba tranquilamente aposado en un sillón. A las repetidas preguntas que se le hicieron nada contestaba y solo algunos instantes despues, se levantó, y tomando al jóven de la mano y presentándolo á la señorita, exclamó con gravedad.

—Tengo el gusto de presentar á vd. al corazon mas poético de la sociedad.... en calzoncillos y con gorro de dormir.

Todos prorumpimos en una carcajada y la bella jóven no perdonó nunca ni á don Teodorito ni al de los calzoncillos. Mas no llevaba siempre mi héroe la idea de satisfacer su venganza. Dar que reir era el gran principio de sus bromas; y antes de referir la anécdota que presenta á nuestro hombre bajo su verdadero aspecto, contaré algunos de los rasgos de que mas se enorgullecia. Vivía en una calle estrechita, y frente á su habitacion ocupaba una casita pequeña y de su propiedad un venerable matrimonio. Acostumbraban todos los domingos ir á comer á casa de unos parientes que vivían á gran distancia donde jugaban al solo ó á los tres sietes, y por la noche bebían un ponche ó un poco de moscatel, de suerte que los dos consortes regresaban á las once, un poco alegres, ó entre dos luces como vulgarmente se dice.

Uno de estos domingos, fatal por cierto para ellos, se retiraban á su casa; llegaron á la puerta del vecino y continuaron aun el espacio de diez pasos, distancia justa que separaba su puerta de la que acababan de pasar. El marido sacó la llave del bolsillo y buscó la cerradura, pero no la encontró.

—Dónde está la cerradura? exclamaba....

—Tu has bebido demasiado Pantaleon, no te volverá á suceder, ¿no ves que es la pared del vecino?

—Tienes razon, muger, contestó dando algunos pasos.

Continuaron andando un poco mas, pero esta vez fué demasiado, porque se encontraron con la puerta del vecino de la izquierda. La suya se hallaba entre estas dos; volvieron atras separándose hácia el medio de la calle para reconocer el muro, retrocedían y se encontraban con la del vecino de la derecha.

Las dos reconocían menos la suya. Los pobres se alarmaban mutuamente sobre el verdadero estado de su razon, dudaban uno de otro y de sí mismos si se habrían emborrachado; comenzaban de nuevo su inspeccion y de la puerta del vecino de la derecha, iban al de la izquierda. ¿Quien les habia robado su puerta? ¿habria desaparecido su casa? El espanto se iba apoderando de su espíritu, creían haberse vuelto locos y temían atraer sobre sí el ridículo cuando vieran los demas que no hallaban por donde penetrar en su casa. Mas de una hora pasaron, midiendo, tentando, inspeccionando la pared, y no hallaban mas que un muro desconocido, implacable, feroz. Entonces ya tuvieron miedo, gritaron, pidieron socorro, y acabaron por conocer que su puerta habia sido perfectamente tapiada y rebocada, de suerte que no se diferenciaba en nada de lo demas de la fachada. Cuando cada uno de los que asistieron á buscar la estraviada entrada se hilaba los sesos por adivinar quien seria el que así habia chasqueado á los dos esposos; don Teodorito con otros calaveras de su escuela, reían fuertemente desde un balcon de su casa y gritaba: ha sido una broma!

—Pero que les costará una enfermedad! les contestaron.

—Bah! repetía, ha sido una broma.

Mas esta vez no quedó impune del todo su broma, porque pidieron á la justicia hiciera moderar su gana de reir, y le costó unos dias de prision, no obstante su hábil defensa que consistía siempre en repetir.

—Ha sido una broma! señor juez, una inocente calaverada!

Apesar de su vanidad no siempre se vanagloriaba don Teodorito de sus fechorias, y de una fué autor que negó abiertamente, porque estaba amenazado si llegaban á descubrirlo de que le cortarían las orejas. Esta se la inspiró el desprecio que hicieron de él en un salon aristocrático. Se trata nada menos que de una señora antigua, de la mas elevada alcurnia y que á las reuniones de su casa acudia lo mas distinguido de la nobleza.

Entre las heredadas costumbres que conservaba, era una la de no alternar en sociedad con personas de origen oscuro ó modesto como don Teodorito, y otra la de hacerse conducir en silla de manos. Esta vetusta dama habia asistido á un baile que se celebró en casa de un elevado funcionario público y al que tambien concurrió don Teodorito. A media noche se retiraba en su silla en ocasion que caía un horrible aguacero, y al llegar por bajo de uno de esos canelones porque se precipita á torrentes la lluvia que recogen las azoteas y tejados; se oyeron dos silvidos; cuatro hombres salieron y sorprendieron á los lacayos que conducian con sus nervudos brazos la silla y los hicieron huir. En este momento y cuando llena de espanto la antigua señora creia tener que entregar su existencia al alevoso puñal de los asesinos, sintió en la cabeza una frescura excesiva; el tablero que cubria la parte superior de la silla habia desaparecido sin saber como, y el canelón vertía sus no muy limpidas y cristalinas aguas dentro del estrecho recinto de la silla. En vano intentaba abrir la portezuela; para no ahogarse tuvo que sacar la cabeza fuera y con el fuego de un padre de almas que pronuncia una oracion desde la cátedra del evangelio, así impetraba desde su improvisado púlpito la cólera divina y el socorro humano, sobre los asesinos que la hacian tomar estemporáneamente un baño tan cruel, y que solo contestaban á sus invectivas con los mas profundos saludos y cumplimientos que puede inspirar la galanteria mas esquisita. Pero lo que mas dió que reir fué que al mismo tiempo que esponian á la buena señora á la mas cruda intemperie estaban sus saltadores provistos de muy buenos paraguas.

Cuando tube el no muy apreciable gusto de conocer á D. Teodorito contaba diez años de existencia pública, y era proclamado como el mas alegre, amable y gracioso de la sociedad; pocos éramos los que no nos inspiraba desprecio mejor que otra cosa y á mi me causaba temor y repugnancia. Aquella inmutable risa fija siempre en sus labios, me disgustaba, su implacable alegría en medio de todos los sucesos de la vida, me inquietaba tanto como el aspecto de una fantasma, aquel eterno estribillo con que creia moralizar y justificar todas sus acciones, esta frase: es una broma! me parecia tan sombría como la de los trapenses cuando esclamaban: hermano, morir debemos. Este hombre era una pesadilla continua, representaba en el mundo una calamidad y precisamente debia hallar una vida que peciese por su causa, una existencia que medir por el nivel de su diversion, para que tambien encontrará una tumba sobre que pronunciar: ha sido una broma!

Yo debia marchar de Madrid para una capital de provincia á donde me habia destinado el Gobierno para continuar mis servicios, y con este motivo dispusieron varios amigos míos una cacería á la que debia asistir don Teodorito. Esta circunstancia me alagaba muy poco pero ya habia comprometido mi palabra y fui tem-

prano á casa del autor de la expedicion Federico de B...

En el momento que llegué acababa de escribir este una carta que dejó sobre la piedra de la chimenea. Muy curioso D. Teodorito la tomó para leer el sobre.

—Ola, escribes á tu cuñada ¿he?

Si, contestó inocentemente Federico, la prevengo que llegaremos á su quinta á eso de las cuatro, porque como vamos muchos es preciso avisárselo para que haya provisiones, no sea que nos quedemos sin comer.

Federico llamó al criado, le dió la carta, y nadie mas que D. Teodorito se enteró, desapareciendo tras él. Emprendimos nuestra expedicion y D. Teodorito y yo recorriámos una parte de la llanura mientras nuestros amigos caminaban mas apartados



—No nos faltará diversion esta tarde, me dijo.

—Y porque? le contesté.

—Porque he regalado un duro al criado para que no lleve la carta á su destino.

—Como! se la ha quitado vd?

—No tal; pero le he dicho que se trataba de una broma y que era preciso entregara la carta al marido; el hermano de Federico estará muy tranquilo despachando en su juzgado y cuando sepa que invadimos su quinta una turba de quince cazadores de buen apetito, se muere de susto y de rabia. Es avaro sin segundo, y la sola idea de que asaltemos su posesion á sangre y fuego le vá á poner de un humor tan cruel, que es capaz de condenar diez inocentes por acabar pronto y llegar á la quinta á tiempo de contener el saqueo.

—Si es así, me parece muy mal.

—Bah! el objeto es divertirnos; todo ello es una broma. Desde luego nosotros no lo pasaremos mal porque llegaremos antes; pero los demas se comaran los codos de hambre; entrarán en la quinta creyendo que estará preparada una abundante comida y no van á hallar ni un ardite.

—Y vd. creera segun me lo cuenta que me conviene á mi mejor que á los demas el resultado de esa chasco..... y aun vd. mismo ¿no va á ser la primer víctima de su burla?

—Que, no tal; yo me prevengo con anticipacion; traigo aqui, me dijo señalándome su moral, un capon asado fiambre, y una botella de Jerez de que participará vd. por mitad, como buenos camaradas.

—Muchas gracias; pero estimo mejor prevenirselo á Federico.

—Que vá vd. hacer? exclamó D. Teodorito algo amostazado; no se puede contar con vd. para una broma.

Me separé en efecto de él, alcancé á los demas amigos y les pregunté por Federico. Me dijeron que se habia adelantado á la quinta y decidí adelantarme yo tambien para avisar á su cuñada de la broma de D. Teodorito. Al rebasar un recodo que formaba el camino, distinguí á Federico que llegaba ya cerca de la quinta; aceleré el paso y conseguí llegar casi al mismo tiempo; solo que él habia entrado ya en el patio de la casa cuando yo pisaba el umbral de la puerta y al mismo tiempo la cerraba

ron violentamente por dentro dándome como vulgarmente se dice con la puerta en los hocicos. No tube tiempo para reflexionar acerca de lo que pasaba, por que en aquel instante tambien, oí la explosion de un arma de fuego; y una voz que decia:

—Pues bien! si te he faltado, defiéndete....

Lleno de sobresalto me encaramé á una reja que daba al patio y presencié el espectáculo mas horrible que cabe en imaginacion humana. N. de B.... mayor, perseguia con un sable en la mano desesperado y furioso, á su hermano Federico.

—Tu la amas y ella á ti tambien! exclamó con acento ronco y balbuciente. Tu la amas y ella te corresponde! A tí primero y despues á ella.

La carta que D. Teodorito habia hecho llegar á sus manos le habia descubierto un secreto, oculto durante cuatro años, y el juez antes de vengar las injurias de la sociedad, se apresuraba á vengar la suya propia.

Yo le gritaba inutilmente; en vano invocaba el nombre de hermanos y les decia que la misma sangre corria por sus venas, nada podia contenerles y de B... ciego de furor estrechaba á Federico en un ángulo del patio. De pronto se abrió una ventana de las del piso superior, y la señora de B.... apareció en ella pálida, trastornada, loca.

—Huye Matilde! gritó! Federico.

—No, esta bien! gritó su marido, está encerrada, no tengas miedo que venga á separarnos. Diciendo asi se precipitó de nuevo sobre su hermano con una desesperacion violenta. Federico se defendia y paraba los golpes con la escopeta en una mano y el cuchillo de monte en la otra.

—Yo soy la que debo morir, yo sola, gritaba Matilde, matadme á mi, á mi sola!

Yo mezclaba mis suplicas y mis gritos á los suyos, y me encaramé por los hierros de la ventana para escalar el muro, cuando frenética y desesperada se arrojó Matilde de la ventana cayendo entre su amante y su marido. Este á quien la rabia ofuscaba completamente la

razon, la tiró una estocada; pero Federico la paró y perdiendo á su vez el temor, y la tranquilidad gritó:

—Ah! quieres asesinarla? pues bien defiéndete.

Y á su vez embistió violentamente á su hermano.

Mis exortaciones para tranquilizarlos eran del todo inútiles, desesperado me hallaba tambien por la imposibilidad en que estaba de separarlos; la señora de B... tampoco podia nada porque yacia en el suelo; se habia fracturado las piernas al caer. Espantoso era el cuadro que se ofrecia á mi vista; espantoso era el combate de los dos hermanos, bajo el mismo techo que les habia visto nacer, en la casa heredada de sus padres y al lado de la muger que llevaba su nombre. Nada! nada hay que se pueda comparar, ni pueda espresar bastante la angustia y el terror que se apoderó de mi espíritu. Los dos estaban heridos, los vestidos de ambos estaban teñidos con su sangre y esto acrecentó su furor. En tanto habia logrado yo escalar el muro y me hallaba en la parte superior y dispuesto ya á saltar al patio cuando llegaron los demas cazadores con D. Teodorito á su cabeza; que se acercó gritando:

—Hombre, que hace vd. ahí chillando como una chicharra? desde un cuarto de legua se oyen sus voces de vd. ¿que ocurre?

Al ver á este hombre no fuí dueño de mi mismo, y sin poderme contener, me lancé á él, le agarré del cuello, y sacudiéndole fuertemente contra la ventana le dije:

—Mire vd. ahí: es una broma! esa es una broma de las de vd. goce vd. en su obra.

—N. de B.... yacia al lado de su muger, atravesado el pecho de una puñalada y revolcandose en su sangre.

Federico tubo que emigrar y terminó á poco tiempo sus dias en un pueblito de Francia. La señora de B.... se envenenó al dia siguiente de este horrible duelo.

Una broma!

F. S.

